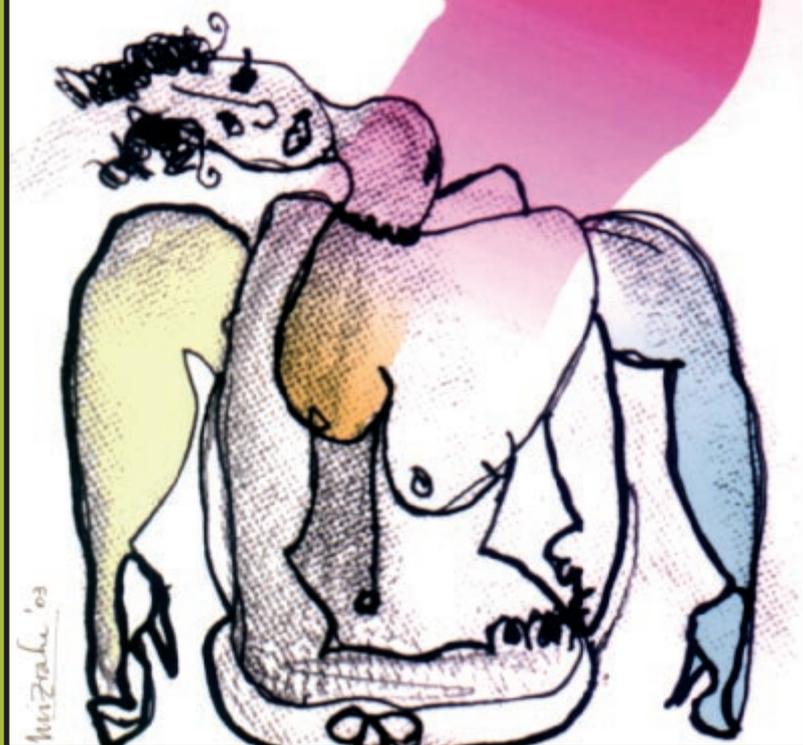


4a
Edición

Liliana Mizrahi

LAS MUJERES Y LA CULPA



Nuevohacer
Grupo Editor Latinoamericano



Liliana Mizrahi es psicóloga, ensayista y poeta. Nació en Buenos Aires, Argentina, en 1943.

Ha publicado los siguientes libros:

La mujer transgresora. Ensayo, 1987, Emecé. **Las mujeres y la culpa.** Ensayo, 1990, Emecé. **Los mágicos juegos.** Poesía, 1981, Botella al Mar. **Bautismos y fundaciones.** Poesía, 1985, Botella al Mar, **Hembras del ave del paraíso.** Poesía, 1996, Nuevohacer. **Quién me mató, madre.** Poesía, inédito. **Madres en desuso.** Humor ilustrado, 2002, Altamira. **Mi deseo de vivir.** Video documental, 1999.

Premio Coca-Cola para las Artes y las Ciencias, mención en poesía, 1983.

Recibió en 1988, la Beca Nacional de Poesía otorgada por el Fondo Nacional de las Artes.

Mención de Honor en Poesía del Fondo Nacional de las Artes, 1995.

Finalista del concurso de poesía del diario *La Nación*. 1995.

Sus poemas fueron traducidos al francés, al inglés y al hebreo.

Actualmente trabaja en un libro de ensayos.

e-mail: irmizrahi@pachami.com

www.pachamicom/LilianaMizrahi/index.html

Las mujeres y la culpa

Liliana Mizrahi

Las mujeres y la culpa

Herederas de una moral inquisidora

Nuevohacer
Grupo Editor Latinoamericano

Colección TEMAS

4ª edición

I.S.B.N.: 950-694-711-2

- © 2003 *by* Liliana Mizrahi
- © 2003 de la cuarta edición *by* Grupo Editor Latinoamericano S.R.L., Hipólito Yrigoyen 1994 - 2º "3" (1089) Buenos Aires, Argentina.
Tel./Fax: 4952-9638

Queda hecho el depósito que dispone la ley 11.723.

Impreso y hecho en la Argentina.
Printed and made in Argentina.

Colaboraron en la preparación de este libro:

Corrección de texto: María Rosa Vaccaro. Diseño de tapa: Pablo Barragán. Composición y armado: LM. Impresión y encuadernación: Edigraf S.A. Películas de tapa: Tango Gráfica. Se utilizón para el interior papel Obra Bookcel de 80 g y para la tapa cartulina de 250 g, provistos por Papelera Alsina S.A.

*A Bernardo Schuff
y María Rosa Vaccaro*

Obra de todos

Este libro es, para mí, el resultado del amor y del esfuerzo de muchos. Es obra de todos.

Mi profundo agradecimiento a aquellos que contribuyeron para que fuera posible:

Sebastián Koltan

Martín Koltan

Laura Gold

Mary y Marcos Russo

Sara y Adam Sztorch

Luis O. Tedesco

A las mujeres que participaron en mis talleres.

A René Epelbaum, ejemplo y reserva de la dignidad argentina.

Muy especialmente a mis pacientes que, a diario, me enseñan tanto.

Y al lector, ese ojo que escribe.

PARTE I

LAS MUJERES Y LA CULPA

Donar los órganos*

La mujer como sujeto del texto

Hallar descanso en lo inseguro, está en el mismo ser de la alegría.

EMILY DICKINSON

En este mundo donde abunda la presuntuosa artesanía retórica, lo que quiero escribir seguramente ya está escrito en mí; tengo que aprender a copiarme con cuidado, delicadamente.

Vivo de mí misma, como si comiese mis propias entrañas, mientras me pierdo en devaneos deslumbrantes y pequeñas alucinaciones.

Una contracción violenta / la supresión de imprescindibles nexos. Escribir (para mí) es donar los órganos y luego habitar ese espacio de desposesión en la obstinada confianza de alcanzar la verdad y algún tipo de belleza.

* Presentado en las *Primeras Jornadas sobre Mujeres y Escritura*, Puro Cuento, Buenos Aires, 1989.

Las mujeres y la culpa

Necesito contar mis tristezas, mis deseos, las fantasías que alborotan mi cabeza. Necesito vivir lo que escribo, ser autora y dueña del sentido de lo que digo. Ser trascendida por un texto que rechace la sumisión. Palabras marcadas por mi propio jadeo de mujer que se niega a ser sacrificada.

Escribir como hablo: involuntaria y sola. Descubro fórmulas mágicas que me abren compuertas, voces que develan mi inconsciente. La fuerza del hueco que se abre y me permite penetrar en lo indiviso.

Entro y salgo entre dos crepúsculos: la poesía y el ensayo. Habito la deficiencia del lenguaje. Exploro su vaguedad y sus contradicciones. La palabra no puede ser adorno artísticamente vano o bien un tornillo prescindible.

Escribo en celo: mi urgencia creativa se multiplica. Soy un cuerpo de mujer que reflexiona y se abre como una inagotable caja de resonancias.

La palabra será llave o herramienta. Construyo, pueblo los espacios, modulo el grito, recibo el toque, matizo el golpe, respeto el gesto.

Tengo dos llaves: la del paraíso y la de la muerte. No seguiré esperando que me muestren el camino. Hasta el final del sacrificio se me ordenó no hablar: el deseo de dominio suscribe pactos de silencio. Me salvo escribiendo. Me resisto a la obediencia uniformada.

Necesito confrontarme en la oscuridad de los laberintos de mi propia novela. Poner a descubierto el dolor de los personajes que me habitan;

Donar los órganos

que dialoguen entre ellos en ese lenguaje utópico que tolera las fisuras y las deformaciones de la ilusión. Se conmueve mi propia galaxia.

TAN JOVEN Y YA OXIDADA

Hace mucho tiempo caía a menudo en meditaciones inquietas, suspiraba y necesitaba mucho de los demás para creer en mí misma; de lo contrario me perdía con facilidad en hondos vacíos circulares.

Me esforzaba entonces en no alterar mis costumbres; temía inventar, me esforzaba en no crear, me esforzaba en ser feliz, pero estaba tan acostumbrada a olvidarme de mí misma que no lo lograba. Mi pobre alma no cabía en mi cuerpo de mujer-subterránea-que-no-florece. “Tan joven y ya oxidada”.

Un día, abrazada al misterioso vértigo de mi infancia, de la mano de ese tierno fantasma, me aparté del Orden (con mayúscula) y me hice la trágica pregunta: ¿quién soy?

¡Ay!, perdón. Me arrepiento. Me arrepiento. Perdón. Me arrepiento de todo (en realidad no sé bien de qué debo arrepentirme), por las dudas, me arrepiento toda y de todo.

Me dio miedo entrar en mí misma y encontrarme. Fue un placer que hasta ese momento

Las mujeres y la culpa

no había conocido. Sin embargo, a pesar del susto, no pude, nunca más, dejar de pensar.

Me aparté del Orden (con mayúscula) y caí en un espacio poblado de gritos y risas: el paraíso y el infierno de la libertad. El dolor me enseñó a pensar, a sentir mejor. El dolor me enseñó a leer y a escribir.

Me enseñó lo que no soy y lo que quizás podría ser. El dolor es un encuentro con mis propios límites.

Entonces pensé: “Ya que soy, la cuestión es ser” (C. Lispector).

ME EMPEÑO EN COMPARTIR

Me ofrezco al encuentro. Las semillas aletargadas comienzan a germinar. Mi subjetividad se hace carne. No abduco ante la causalidad sin freno ni ante la exuberancia del proceso creador.

Elijo la interrogación, esa tensión constante entre el contenido y la forma, el diálogo del espíritu y la muerte.

Me dejo escribir impregnada de nostalgia y de placer. A veces, me siento extraña a la coherencia que presumo conquistar. A veces, la realidad se exalta y su presencia es intolerable; sin embargo, cuando se impone, nutre y fortalece mi oficio y mi escritura.

Donar los órganos

Cuando me despojo y logro encapsular mis demonios, me revitalizo curiosa de ese ser encontrado que parezco ser yo misma. Consumo esa invitación perpetua a entrar y salir de mí y mirarme como a un enigma. Memoria insegura que busca inquieta su género mismo. Me abro, me entrego a la inestabilidad de mi propio nombre, como el motivo central de una creación constante.

¿Cómo nombrarme si me veo por primera vez?

¿Cómo nombrar un cielo, un niño, un bosque, vistos por primera vez?

Exploro los abismos de mi propia historia para crear una realidad que me resguarde del capricho del más fuerte. No puedo inventar respuestas imposibles, ni una completud insostenible. Me anima el movimiento constante, la vocación por el cambio y una intuición esperanzada de alcanzar la plenitud.

A menudo balbuceo, tartamudeo débilmente sin poder crear los mundos anhelados. Soy escrita, estoy siendo leída, estoy siendo escuchada. Carezco de impunidad y también de soledad.

La mirada del otro me rodea. Se ha convertido en una orden escrita, un tribunal, una sentencia, el motor de su poder despótico. Nuestro diálogo es el enfrentamiento mortal de dos enemigos.

—¿Quién es el héroe? —pregunta Kierkegaard.

—Aquel que tiene la última palabra.

¡Cuánta elocuencia inútil! ¡Cuánta retórica y artificio en disfrazar la libertad!

Las mujeres y la culpa

Entonces mi talento estará al servicio de generar silencio. No habrá héroes de la palabra.

La culpa es un encantamiento. Recibí el mandato de no moverme. Cualquier cambio podría ser fatal. Me enseñaron a fingir y obedezco. Quieta: lo mismo de siempre, en el mismo lugar de siempre. Sin pensar / sin hacer / sin hablar / o bien: lo mismo de siempre. Nutro el eterno retorno. Observo curiosa el arte de simular, usar maquillajes, decorados y disfraces. Repetir agotadoras escenas. La realidad que yo misma invento me empuja violenta. El exilio es mi ausencia.

Cuando me despojo de las prótesis que inventé para protegerme del otro y abro la trama de las ilusiones que yo misma hice crecer alrededor de mi existencia, quedo desnuda y vulnerable.

Sin embargo, estoy dispuesta a existir. Me experimento a mí misma como una revelación asombrosa. Desnuda. Vulnerable. Síntesis sobre síntesis. Soy yo misma, no otra.

La palabra que funda pide ser pronunciada por seres enteros. Si me arriesgo a hablar, nada puedo reservar de mí. Quedo cabeza abajo, sumergida en la emoción que me suscita esta tarea. Sin embargo, me obstino: ¿qué busco?, ¿qué necesito?

Ahí donde se generó mi ausencia, necesito nombrarme. Habitar ese vacío. Recrearme. Reparar los jirones en que se convirtió mi propio desencuentro.

Todo lo previsible me cansa. Anhele las verdades que intuyo en los presagios, un hambre leve y

Donar los órganos

el dominio irresponsable de saberme un azar en la vida.

—Gastaré de a poco mi vida para que no se me acabe.

—No escaparé de la muerte viviendo menos; terminaré mi camino cuando esté exhausta por la lucha. No soy cobarde ni desertora.

Soy una mujer grávida de futuro.

Quiero ser la mujer que realmente soy. Quiero ser la que nunca fui.

Una contracción violenta / la supresión de imprescindibles nexos. Escribir (para mí) es donar los órganos y luego habitar ese espacio de desposesión en la obstinada confianza de alcanzar la verdad y algún tipo de belleza.

El cantar de los cantares, una ética del amor*

*¿A quién llamar?
¿A quién llamar en el camino tan alto y tan
desierto?*

JACOBO FIJMAN, *El canto del cisne*

Ser una escritora judía y sefaradí es una experiencia compleja. Implica, al menos para mí, asumir exigencias, reconocer ambigüedades y recorrer laberintos.

A veces, el pasado oriental de mis abuelos y de mis padres se me escapa de las manos. Damasco o Estambul se convierten en la oscura memoria de un origen que funda la precoz conciencia de ser una extraña. A veces, también desespero de la tierra prometida.

Mis ensayos tratan de la mujer y la transgresión, del amor y la soledad. Intentan descifrar una

* Presentado en el Segundo *Diálogo de Escritores Judeo Argentinos y Latinoamericanos*, Buenos Aires, 1988.

Las mujeres y la culpa

afectividad que se nutre de voces ancestrales que me incitan a la ruptura de mandatos: el silencio, la pasividad, la secundariedad o el sometimiento.

Mi necesidad de ser una mujer transgresora se realimenta todos los días, cada mañana, cuando los varones rezan:

“Gracias Dios mío, por no haberme hecho mujer”. A esa hora, me convierto en Lilith, en Eva, en Débora o en Judith. Y pienso: no convirtamos este universo en un gran destierro. No amputemos más cuerpos ni más geografías. Tratemos de achicar el repertorio de estereotipos y prejuicios.

Los varones repiten esta oración desde la presunción de que han sido liberados de una situación precaria.

No quiero tener más en contra de mí a mis propios judíos y tampoco a los hombres de otros pueblos que en nombre de las mismas ideas persiguen y denigran.

Esa doble servidumbre; la dependencia de las fuerzas hostiles del mundo que nos rodea y de los propios hermanos que paradójicamente forman una extraña coalición.

Sé también de mis propios prejuicios y estereotipos contra los que lucho por constituirme dentro de un judaísmo más libre. La sefaradí, la ancestral que me habita es también una parte de mi judaísmo que me obliga a perpetuarme en un modelo estático. Lucho para poder salvarme como judía de la judía que me atormenta. Aquélla que

El cantar de los cantares

cree que para ser hay que repetir. La judía cristalizada. La que dice: soy el eco de un eco de un eco.

Esta judía ancestral, que es mi vertiente ortodoxa, repite con los varones la oración de la mañana y cree que así se salva de la obligación de conquistar su propia libertad. Siente que ser mujer es temible porque implica la transgresión. Y sin embargo intuye que puede ser libre. Esta pugna interna entre la judía ancestral y la transgresora explicita: no sólo la lucha entre dos modos de relacionarme con la tradición judía, sino también entre dos aspectos del judaísmo.

Lucho por constituir mi identidad judía dentro de una vertiente más libre y creadora e incluyo todos los aspectos de mi misma tradición cultural que han contribuido a que me sienta sometida. Mi riqueza, mi miseria, mi conflicto y mi plenitud.

El discurso bíblico que enuncia leyes y profecías ha nutrido mis ensayos y poemas. Sentirme parte de la historia y la moral de un pueblo elegido-excluido ha convertido en necesaria para mí la palabra que alimenta, sostiene y recrea. Escribo al mismo tiempo que construyo mi identidad. La escritura está al servicio de una ampliación de mi conciencia.

He creído vislumbrar cómo, bajo la forma mítica, se teje la trama necesaria para enunciar y comprender verdades.

Reflejos y sombras de mi identidad judía se expresan o se esconden en cada personaje. Soy Yael que mata a Sísara; soy Ruth leal a Noemí; soy

Las mujeres y la culpa

la mujer de Lot; Sara, la estéril o la que engaña al enemigo; soy Ester y soy Rebeca. Busqué a estas mujeres para apropiarme de ellas, no para ser una destinataria fatídica de versiones heredadas.

El discurso bíblico me constituye, aunque me cueste reconocerlo; habla a través de mí y de cada uno de nosotros. Entiendo entonces que se trata de conocerse y reconocerse en las propias resistencias y dificultades. Tengo que sostener el coraje de balbucear, fundar silencios y romper viejos condicionamientos.

Mis ensayos también se aproximan al tema del cambio. El pueblo judío, en su larga historia, ha atravesado por transformaciones que significaron verdaderas mutaciones y acerca de las cuales la literatura bíblica, por suerte, ha dejado constancia.

Cambio, para mí, es metamorfosis. Mutación de valores. Incurción en lo desconocido; comprometerse con hechos futuros que no son previsibles y enfrentar sus consecuencias.

Este encuentro de escritores judíos me sorprende sumergida literariamente en el tema del amor. Elegí entonces una pareja: la Sulamita y el rey Salomón. Elegí un poema: “El cantar de los cantares”. Y los elijo porque sobre la base de la transgresión que ellos dramatizan se constituye una ética del amor basada en la libertad y la autonomía de ambos, quizás por primera vez en la literatura amorosa universal.

El cantar de los cantares

Me pregunto: ¿no será que una de las claves del amor, y que creo vislumbrar en la Sulamita y Salomón, es comprender a tiempo que todos los vínculos están hechos para deshacerse? Entonces pienso en su opuesto: la separación, en el mundo de las almas, no existe.

Dice Salomón en el *Eclesiastés*:

“Para todas las cosas hay sazón y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su tiempo:

“Tiempo de nacer y tiempo de morir.

“Tiempo de abrazar y tiempo de alejarse de abrazar.

“Tiempo de amar y tiempo de aborrecer.

“Tiempo de guerra y tiempo de paz.”

Esta sagrada pareja, tan polémica para la ortodoxia religiosa, nutre esta extraña paradoja en la que estoy meditando. No afirmo. Interrogo. Me aproximo a un tema y por ahora lo dejo abierto.

Pienso que el amor es cosa de gente decidida a entregarse, no un deporte cruel donde uno intenta vencer al otro. Toda posesión, además de insuficiente, es inútil.

Esta pareja bíblica contiene en su esencia los elementos fundantes de lo que para mí es una concepción ética del amor: el reconocimiento y la aceptación del otro como de un profundo misterio.

Este texto expresa, entre otras cosas, mi aspiración al diálogo, apertura al extraño. En el diálogo

Las mujeres y la culpa

se modela el espacio de una interioridad recíproca. En la palabra, en el silencio, el amor se convierte en hogar imaginario de la vida interior de la pareja. La tensión del diálogo en “El cantar...” no es dramática sino lírica y amorosamente cultivada.

La temática erótica, en este poema, queda fuertemente unida a la ausencia: “Corre, amado mío”, dice la Sulamita. El rey huye de la fusión: “En el lecho, entre sueños, por la noche busqué al amado y no le hallé”. Aun en la fugacidad de la presencia no temen la incertidumbre. Paradojalmente, lo inasible del amante se convierte en plenitud de certezas. El texto bíblico nuevamente confirma y realimenta mis ensayos. Nuevamente me constituye y habla.

No podría estar pensando en una ética del amor que no se apoyara en una concepción de la soledad como plenitud del conocimiento y del encuentro con uno mismo.

“El amor consiste en que dos soledades mutuamente se protejan, se limiten y se reverencien”, dice Rilke.

Me nutre la polémica lectura que se puede hacer de esta obra. Julia Kristeva, en el ensayo *Una santa locura, ella y él*, plantea la convergencia de una mentalidad judía religiosa, ideología guardiana de su identidad, una estética pagana y algunos signos del esoterismo y las religiones encarnadas.

El Cantar se convierte en sagrado en cuanto contiene deseo y Dios. Se trata entonces de

El cantar de los cantares

aprender a verlos juntos como parte de la aventura amorosa bíblica. Se ha legitimado lo imposible. La transgresión se ha convertido en ley de amor. La verdad es poesía.

A través de la transgresión me reconcilio con lo que para mí es lo mejor del judaísmo y encuentro en éste un espacio alentador para mi propio despliegue. Me adueño y recreo la tradición a través de la conquista, cada mañana, de mi propia libertad.

Como una vieja oración a rezar, cuyas palabras se deletrean con exactitud, pienso: que este discurso bíblico que hoy nos convoca sirva para unir, para olvidar y para aprender a abrirnos y amar lo nuevo, lo desconocido, lo extraño.

Las mujeres y la culpa

Herederas de una moral inquisidora

“Y Dios dijo a la mujer: «Yo multiplicaré tus afanes y tu gravidez. Parirás a los hijos con dolor. Estarás sujeta al poder del varón y él te dominará.» Génesis.

“Si hay un Dios que inventó a la mujer, sepa, donde quiera que se halle, que es el autor fatal del mayor mal.” Tucídides.

“Vuestras mujeres son un campo para vosotros: vayan entonces a vuestro campo como mejor les plazca.” El Corán.

“Durante la infancia una hembra debe ser sometida a su padre, en la juventud a su marido y cuando su señor ha muerto a los hijos. Una mujer no debe ser jamás independiente. Por cuanto un marido pueda ser lejano de cualquier virtud o libertino o privado de buenas cualidades, una esposa fiel debe constantemente adorarlo como a un dios.” Leyes de Manú.

Las mujeres y la culpa

“Existe un principio del Bien que creó el orden, la luz y el hombre, y un principio del Mal que creó el caos, las tinieblas y la mujer.” Pitágoras.

“Adán fue llevado al pecado por Eva y no Eva por Adán. Es justo que la mujer reciba como patrón al que indujo a pecar.” San Ambrosio.

“Y todas las mujeres tienen poco cerebro, y no hay una que sepa decir dos palabras y las predique, porque en tierra de ciegos, el que tiene un ojo es señor.” Maquiavelo.

“No está bien, y por muchas razones, que una mujer estudie y sepa tantas cosas.” Moliere.

“La mujer está hecha para ceder al hombre y para soportar también sus injusticias.” Rousseau.

“La mujer no pertenece a sí misma sino al hombre... El hombre es el administrador de todos sus derechos, él es un representante natural en el Estado y en la sociedad entera.” Fichte.

“Todas las mujeres, en la conservación de su existencia (en mantenimiento y protección), no dependen de su propio impulso sino de las órdenes de los otros.” Kant.

“Las mujeres pueden tener hallazgos, gusto, delicadeza, pero no tienen ideales... El destino de la joven es esencialmente la relación matrimonial.” Hegel.

“La mujer casada es una esclava que necesita saber montar un trono.” Balzac.

“La felicidad del hombre dice: yo quiero. La felicidad de la mujer dice: él quiere.” Nietzsche.

El cantar de los cantares

“Se duda en decirlo, pero no puede sustraerse a la idea de que el nivel de lo que es éticamente normal para la mujer, es diferente.” Freud.

HEREDERAS DE UNA MORAL INQUISIDORA

Para la tradición judeocristiana se es culpable no bien se vive. La raíz del sentimiento de culpa surge del “pecado original”, resultante de la “caída del hombre”, tal como lo señalan las sagradas escrituras.

Necesitamos crear y recrear certezas religiosas que nos protejan de la angustia que surge ante esta “culpa por existir”.

La culpa no es un sentimiento “natural”. Es el instrumento más efectivo para neutralizarnos como sujetos autónomos. Es un arma de domesticación y sometimiento a una cultura totalitaria que nos acusa falsamente. Si las acusaciones son falsas, las defensas también lo serán. El no reconocimiento de la falsedad de las acusaciones que nos atribuyen nos convierte en seres frágiles y vulnerables a esa misma falsificación y mistificación.

Siglos de historia recrean el mismo mensaje en las voces de la soberbia masculina. Religiones, leyes, mitos, literatura, ciencia y filosofía se

Las mujeres y la culpa

dan la mano para construir esta mujer manantial de vida y de males, hembra portadora de culpas o dones, elevada al cielo o arrojada a los infiernos.

Las religiones nos encadenan, los mitos inventan y multiplican nuestras culpas, la filosofía nos descalifica como sujeto, la teología medita y discute la posibilidad de que tengamos alma. La literatura no sabe ya de qué disfrazarnos, las leyes nos imponen tutor y no se nos reconoce entidad jurídica. La ciencia intenta demostrar nuestra inferioridad biológica. La cultura que pretende precisar qué cosa es nuestra naturaleza, por siglos amplió o restringió sus límites y de ese modo impuso conductas.

La soberbia masculina presume definirnos: virgen, prostituta, hija dócil e incapaz, esclava intrigante, esposa fiel o astuta, madre inmaculada o castradora, hermana sumisa, amante cruel.

Quedamos recluidas en estas definiciones donde nuestro espacio, nuestro rol y nuestras obligaciones han sido atribuidos en función de "las-necesidades-de-los-otros". Los otros: esferas divinas ante las cuales, en realidad, somos seres abandonados.

¿Es otra la cara de la dominación? Cambian los paisajes, se transforman los códigos y sus símbolos, se modifica el lenguaje, las modas, la publicidad, la religión, la iglesia, la educación, las normas sociales, las pautas culturales. La astucia de siglos de historia represiva consiste

Las mujeres y la culpa

en convencernos de que nacemos pecadoras y nuestra existencia como tal es una infracción. Somos herederas de una moral inquisidora.

La moral judeocristiana se articula sobre el concepto de pecado y la justicia sobre la noción de condena. Infinito sadismo que goza contemplando a sus criaturas doblegadas en el camino.

Su dominio no desaparece con la extinción del poder religioso o de la liturgia eclesial. Somos herederas de una moral inquisidora. Para esta cultura totalitaria, fundada en la coerción, nada mejor que mujeres que ofrecen la otra mejilla.

LA LUCHA DEL HOMBRE CONTRA LA NATURALEZA

La lucha del hombre contra la naturaleza nos incluye. En nombre de Dios, la soberbia masculina nos acusa de pecados que sólo el mito inventó. Los varones han convertido sus propios miedos en “la maldición divina” que las mujeres debemos expiar. Ellos nos explican en qué consiste nuestra invalidez y nos señalan cuál es el lugar que nos corresponde.

La lucha del hombre contra la naturaleza nos incluye. El miedo a un universo desconocido, misterioso y vivenciado como hostil se encarna en nosotras: vientre voraz, sustancia

Las mujeres y la culpa

animal, flujos, leche, sangre, humores nitrosos, caos y tiniebla. Representamos una naturaleza enemiga que sólo puede ser solidaria si se la limita y sujeta.

El hombre necesita no temer a su propia esencia animal. Deposita estos terrores en nosotras y a través de nuestra sujeción y dominio pretende controlar y exorcizar el poder de la naturaleza sobre él mismo.

Compensará con su tutela y protección el peso de las atribuciones que nos proyecta a diario y la humanidad de que se nos priva.

Ese universo inquietante por diferente y autónomo que las mujeres representamos no produce tanto miedo si quedarnos confinadas al hogar, anulada nuestra identidad verdadera por un poder que nos expropia y fija nuestros límites.

NUESTRAS CONCIENCIAS SE MOLDEAN SEGÚN MANDATOS DE PODER

El espíritu maniqueo se pronuncia en términos de condena o redención: no hay bien ni mal, sólo sometimiento o culpa.

Jueces, sabios, santos, guardianes de la ley, la justicia, Dios, el padre, figuras espectrales que neutralizan esfuerzos y nos imponen perspectivas limitadas.

Las mujeres y la culpa

Los fantasmas que crecen en nuestras conciencias manipuladas ilustran en qué medida la coerción y la represión del sistema han sido incorporados como autorrepresión. Nuestras conciencias se moldean según los mandatos de poder. El carácter destructor-activo de la acusación y la condena tiene como escenario principal nuestra propia conciencia. Ahí gestamos la certeza de nuestra culpabilidad.

La vivencia de “irregularidad”, el sentimiento de “estar-fuera-de-lugar” nos inducen a aceptar como “natural” la irracionalidad y la arbitrariedad de las condenas. La culpa no nos permite creer en nosotras mismas.

El imperio del malentendido con nosotras mismas

El miedo a la culpa se expresa de manera organizada a través de una lógica sacrificial que nos induce a demorarnos, postergarnos e inmolarlos. Se instala el “no puedo”, “no debo”, “no tengo derecho”, “no tengo tiempo”, “no tengo capacidad”, “soy chica”, “soy grande”, “soy fea”, “soy pobre”, “soy tonta”, “mis hijos”, “mi marido”, “mis padres”, “ahora no”, “la situación económica”, “el país”..., se construye la estructura fundante de las mujeres como “seres-postergados”.

El “no-sé-qué-hacer-con-mi-vida”, o bien el sentimiento de frustración generalizado de muchas mujeres que no encuentran respuesta

Las mujeres y la culpa

a sus inquietudes ni posibilidades de realizar sus vocaciones son síntomas de deseos infinitamente postergados por un sistema de culpas que descarta cualquier pretensión de trascendencia individual. Nuestro “ser-para-sí” se transforma en “ser-para-otros” y/o “ser-contra-sí”. Nuestra conciencia manipulada se vuelve contra nosotras mismas.

Somos “todas-para-otros” y de ahí surge el sentimiento de extrañeza propio de la enajenación. Crecemos en medio de sentimientos de culpa y autocompasión. Aprendemos el desprecio a nosotras mismas, fuente de todas las violencias.

La violencia contra nosotras mismas es una forma de expiación y penitencia. Se incrementa el masoquismo, la conversión de sentimientos hostiles en síntomas y en un sentimiento de culpa indefinido que nos condena a bloquear nuestras actividades sanas.

Muchas mujeres intentan fallidamente sustraerse del orden burocrático mediante la “autohumillación”. Rebajándose a sí mismas pretenden degradar las leyes de las que son víctimas. La “autohumillación” pone en evidencia la deshumanización de la educación represiva recibida.

En nombre de una redención prometida, para un futuro no muy determinado, todo presente represivo justifica su dominación. El sistema totalitario promete para someter.

Muchas mujeres no pueden sustraerse o reaccionar ante lo que llaman “la mala suerte” e

Las mujeres y la culpa

interpretan lo desgraciado de sus vidas como un castigo a sus pecados. Paradojalmente, pueden incrementar esos mismos castigos, provocándolos o manteniéndolos, por la misma razón. Se adjudica con facilidad al “destino o mala suerte” los fracasos, accidentes, errores, sin llegar a percibir y comprender el compromiso activo con las situaciones que ellas mismas desencadenan.

Herederas de una moral inquisidora, perdemos la orientación en un mundo en el que somos marginadas. Nuestra conciencia lúcida se ha echado a dormir y permite que las leyes del sistema se resuelvan contra ella.

La culpa es un sistema de clausura alimentado y sostenido por las herméticas leyes del *statu quo* que neutralizan la realización de nuestra subjetividad transformadora.

Las posibilidades están negadas de antemano, las potencialidades inhibidas y las aspiraciones frustradas. De este modo se consolida el imperio del autoengaño y del malentendido con nosotras mismas y con la realidad.

Se pone de manifiesto la alienación radical que caracteriza nuestro vínculo con la totalidad de lo creado.

Esta lógica de la mutilación que impone la no realización de potencialidades nos exige ser pasivas. Se realimenta y perpetúa el principio de inercia a través de estereotipos, prejuicios, clichés y convenciones rígidas. El mandato es “no-saber-más-allá-de-lo-que-conviene-saber”.

Las mujeres y la culpa

La realización de potencialidades está siempre negada por una fuerza anónima, jamás revelada, que reduce todo acto a una mera posibilidad no efectiva.

El desarrollo de potencialidades subjetivas implica la transformación de lo ya existente, lo cual desestabiliza el sistema y es inconcebible para una concepción totalitaria de clausura como es la culpa. Se instala la certeza de “no-sepuede-hacer-nada”, certeza que sirve para protegerse de la angustia ante posibles pérdidas en el proceso de cambio.

La sistemática rutina de frustraciones a las que muchas mujeres se ven sometidas y de la que también son cómplices reprime su potencialidad creadora y la transforma en obediencia.

La ausencia de autocrítica y corrección convierte en indignas sus vidas ya empobrecidas. *En el universo de la culpa nada es original ni verdadero, todo es estereotipo.*

LAS MAZMORRAS ESTRECHAS

Somos Pandora, creada por Zeus y portadora de males y muerte.

Somos Eva, divorciada de Dios y responsable de todas las condenas.

Somos el origen de la caída y la fuente de todos los pecados que María redimirá.

Las mujeres y la culpa

—¿Podremos alguna vez reparar la culpa de haber nacido?

—Sólo aceptando las reglas del juego impuestas por una cultura que nos dirá quiénes somos, qué debemos hacer y cuál debe ser nuestro lugar.

—Los espacios que nos han concedido son mazmorras estrechas en las que vivimos encogidas y culpables. En esas mazmorras todo movimiento es negativo y se vuelve en contra de nosotras.

—Nuestras limitaciones “naturales” son infranqueables.

A las mujeres se nos autoriza un margen menor de error que a los varones en relación a nuestros roles y obligaciones. Cuanto menor es el espacio concedido más graves se consideran nuestras infracciones y más severas son las sanciones morales, sociales y psiquiátricas.

Una supuesta naturaleza nos define como dulces, sumisas, pasivas y receptivas. Valores enfatizados como fundantes de la identidad femenina. Quien transgreda esta imagen idealizada y rebase ese espacio tradicional estará “fuera de lo normal”. Las supuestas leyes de la naturaleza son las que no nos permiten ser diferentes de lo establecido so pena de exclusión o abandono.

Las mujeres y la culpa

Una mujer agresiva, competitiva, parece ser algo extraño a la “naturaleza femenina”. Las mujeres no debemos dejar traslucir iniciativas o exigencias personales que casi automáticamente se convertirán en obscenas y condenables.

Los espacios sin reconocimiento y sin justicia son mazmorras en las que vivimos contraídas. Lo que naturalmente sería fuente de expresión y de despliegue se convierte en motivo de dolor y desesperanza. Nuestras fuerzas se nos vuelven en contra.

La conciencia de inocencia que reside en “desplegarse y extenderse” produce en la conciencia culpable la representación de sí misma como obstáculo. Ninguna tortura se impone desde afuera; todo dolor se genera adentro.

Aisladas, cautivas entre los muros de nuestras propias casas, la pasividad y la inmovilidad a las que somos destinadas como habitantes de las mazmorras estrechas amortiguan a la vez que acentúan nuestro dolor.

Somatizaciones, malestares profundos, impotencia, paranoia, accidentes, frustraciones generalizadas, irritabilidad, restricciones intelectuales y creativas, malhumor, depresión, presagios angustiantes, agitación, adicciones, automutilaciones, sufrimientos indefinidos, delitos, intentos de suicidios hasta sentirnos un “obstáculo para nosotras mismas y para los demás”, son respuestas ajustadas a un mundo injusto.

Encarnando la historia de un cuerpo cercado por una propiedad y de una identidad expropiada

Las mujeres y la culpa

por una tutela. Confiscada nuestra libertad en una división de roles estereotipada, somos objeto de la lenta erosión de una cultura que nos niega espacio, subjetividad y autonomía.

FETICHIZACIÓN DE LA CULPA

Por momentos parecería que sentirnos culpables nos es indispensable. Hemos convertido nuestra culpa en un fetiche, un amuleto, un talismán.

La fetichización de la culpa expresa la profundidad y el alcance del poder represor sobre nuestras conciencias individuales.

Somos parte de un sistema totalitario que nos cosifica. Idolatra lo uniforme. Pone de manifiesto la violencia ejercida sobre toda forma de alteridad.

No sólo somos acusadas y condenadas, sino también “cazadas” por una supuesta justicia basada en la coerción. La justicia se convierte en sinónimo de represión y la represión en sinónimo de justicia.

Se opaca toda posible lucidez

La represión internalizada llega a gravitar con más peso que la objetiva realidad externa. La

Las mujeres y la culpa

culpa indefinida y cosificada es el correlato subjetivo de la totalidad represora.

Al fetichizar la culpa nos configuramos como sujetos que otorgan mayor legitimidad a su mundo interior que a la realidad. La desproporción entre lo interno y lo externo, entre lo posible y lo real, es absurda. El manipuleo que el sistema hace de esta confusión de planos de la realidad gesta seres precarios, inmaduros y antisociales que dan continuidad a la represión incorporada y construyen arduos complots contra sí mismos.

Somos escindidas y desnaturalizadas a través de una lógica de la ruptura entre la potencia y el acto, entre mundo interior y mundo externo, entre lo privado y lo público, entre lo personal y lo político.

Queremos pero sentimos que no podemos

La fuerza del deseo y del poder se disocian y se enfrentan antagónicamente. La culpa ataca la coherencia e integración “querer-poder-hacer”. Se divorcian el deseo, el pensamiento y la acción.

La praxis, en el contexto de una ideología totalitaria, será alienada o no será. Cualquier forma de integración que otorgue coherencia es desbaratada y pone de manifiesto el desdoblamiento entre el deseo y la conducta. Lo que hacemos traiciona lo que deseamos y desmiente lo que decimos.

Las mujeres y la culpa

No somos ni una cosa ni otra y estamos ahí sin ser ni llegar a ser. Nuestra hibridez específica reside en esta “carencia de ser”.

Disociadas entre lo que somos, lo que deseáramos ser y lo que creemos que deberíamos ser. Desdobladas entre una realidad frustrante y expectativas de gratificaciones, entre sueños de superestrellas y una realidad de ama de casa, entre lo que nos vende la TV y lo que nos da la realidad, entre una identidad pasiva y sumisa y una libertad desenfrenada, entre la moral cristiana y la competencia feroz, entre el amor al prójimo y la sospecha al vecino, entre los amores traicionados y las máquinas leales.

En esta sociedad que vive para consumir se legitima la desproporción entre lo posible y lo real. Se institucionalizan absurdas mentiras que se problematizan a sí mismas. El desdoblamiento parece insalvable. Vivimos extrañadas, despersonalizadas y neutralizadas.

Esta actualización postergada a perpetuidad es el eje sobre el que gira la psico-somato-patología del universo culpable.

El desdoblamiento es un aspecto de la incompletud. Subyace en la incapacidad de elegir-decidir y es parte de esta imposibilidad de actualizar que impone el sistema totalitario.

Nos encontramos con una vida personal desdoblada subjetivamente y una vida social paranoide, antagónicamente disociada de otros seres.

Las mujeres y la culpa

El poder del sistema totalitario explota ambas escisiones y las alimenta a través del miedo y la confusión.

Condenadas de antemano

Perdemos poder sobre nuestra propia coyuntura vital y nos integramos en una dialéctica destructiva que acelera nuestra propia caída.

Aprendemos a alejar de nuestra conciencia la percepción de nuestra inocencia esencial. De este modo la culpa genera la necesidad de auto-castigo y el autocastigo recrea y consolida el sentimiento de culpa.

Según Nietzsche: “Los mecanismos autodestructivos son rasgos estructurales del espíritu humano que pueden tener más o menos estímulo según la ideología imperante”.

Nuestra voluntad cosificada

La fetichización de la culpa convierte nuestra voluntad en “algo”, un objeto incapaz de moverse, crear e innovar. Nuestra voluntad cosificada se manifiesta a través de exigencias y autoexigencias persecutorias e idealizadas, síndromes de sobreadaptación, obsesiones adecuativas a lo inadecuado. Estas conductas dan continuidad al programa de autoacusaciones, autorreproches y

Las mujeres y la culpa

estigmas que nos encadenan a una realidad condenatoria y sentenciosa.

La cosificación de la voluntad (o voluntarismo) necesariamente influye en su debilitamiento y por lo tanto en su control.

Nuestra autoestima decrece. Se debilita nuestro sentimiento de mismidad. Se genera una vivencia de exclusión e inaccesibilidad que nos convierte en seres disociados de la totalidad.

Este sentimiento de debilidad que gesta la culpa nos deriva a una vivencia de exclusión-marginación donde el mundo es vivido como inasequible y parece pertenecer a otros.

Sin embargo, y a pesar de todo, parecería que sentirnos culpables nos es indispensable.

SEMIVÍCTIMAS Y SEMICÓMPLICES, COMO TODO EL MUNDO (SARTRE)

“Un sistema injusto debería ser fácilmente percibido. Sin embargo, no sólo esto no sucede sino que quienes lo padecen llegan a defenderlo por la fuerza.” (Olivera)

Me pregunto: ¿un sistema injusto se mantiene sólo con la represión y coerción?

—”No, también es necesario el consenso y que el oprimido vea como natural su servidumbre”.

Las mujeres y la culpa

Atamos y desatamos a diario los hilos del poder y la dominación. Todo es coherente en su carencia de sentido: adoramos lo uniforme, imitamos modelos gregarios y perimidos, nos adecuamos a lo inadecuado, negamos la realidad, alteramos nuestra percepción, sostenemos formas desactualizadas y decadentes que mantienen su dominio, renovamos contratos absurdos, legitimamos instituciones opresivas, luchamos por recrear lo agotado, multiplicamos a diario el modelo de mujer gregaria fijado por el *statu quo*... Todo, con tal de evitar el cambio.

La ética de la sumisión a un orden doméstico y burocrático obstaculiza la búsqueda de nuestra verdadera identidad. La vida de las mujeres gregarias se ha convertido en una verdad axiomática: vivir es adecuarse a lo inadecuado, someterse y renunciar.

Las leyes ancestrales nos ofrecen una salida: la intemperie. Estamos en peligro como seres libres.

La culpa ataca nuestra autonomía verdadera. Incrementa nuestra vulnerabilidad. Estimula la dependencia infantil y la despreocupación inmadura ante la realidad. Ésta adquiere un carácter fragmentario y se la percibe como un espejismo. La alteración de la percepción de la realidad se convierte en la respuesta perfecta a una realidad imperfecta. Sutilmente se estimula y cultiva la indiferencia.

Las mujeres y la culpa

Nuestra insaciable búsqueda de seguridades falsas nos exige consumir símbolos que nos reintegren mansas al orden burocrático de nuestras existencias controladas.

Ofrecemos a diario nuestra propia carne como testimonio de la descomposición de instituciones decadentes. Quedamos reducidas a respuestas programadas y convencionales.

Me pregunto: ¿de qué modo las mujeres reproducimos y damos sostén y continuidad a nuestra propia opresión y con ello estabilizamos el sistema?

—Creo que aceptamos con demasiada naturalidad y facilidad las culpas arrojadas sobre nosotras.

El universo de la culpa se conserva sólidamente afianzado también por las mismas mujeres que contribuyen obedientes a darle estabilidad y continuidad.

La culpa nos confunde y paraliza. En muchas oportunidades las mujeres quedamos inhibidas para luchar por nuestros derechos, o defender nuestras ideas, percepciones y sentimientos. Llegamos a actuar en contra de aquello que deseamos y a favor de lo que rechazamos y tememos.

Me pregunto: ¿no deberíamos las mujeres considerar la tarea de decodificar qué sentimos

Las mujeres y la culpa

en lugar de aceptar tan naturalmente lo que nos inculcan que debemos sentir?

Desmitificar esta moral inquisidora seguramente nos devolverá a nosotras mismas, y a planteamientos más profundos y más humanos.

NUESTROS CUERPOS, OTRA FORMA DE LUCIDEZ

Hay lenguajes silenciosos.

Nuestra piel está plena de mensajes.

Nuestros cuerpos de mujeres son organismos inteligentes, pensantes e insobornables. La vida y la conciencia de nuestra propia muerte están indisolublemente asociadas al bloqueo o a la liberación de nuestros cuerpos.

El rechazo, el desconocimiento o el temor hacia nuestros cuerpos nos han quitado intuición e inteligencia. Y cuando intentamos pensar y comprender disociadas desde afuera de nuestros organismos sensibles recreamos las viejas estructuras intelectuales.

Ampliar y profundizar el significado de nuestra existencia exige explorar, escuchar y comprender nuestro fundamento biológico. Quizás todavía no tenemos conciencia del milagro y la paradoja que nuestros cuerpos femeninos

Las mujeres y la culpa

encarnan y el profundo manipuleo político que esta cultura hace con ellos.

¿Somos capaces de pensar “desde” y “con” nuestros cuerpos? ¿Podemos explorar y aprender formas de comprensión que aún no conocemos? ¿Nos atrevemos a recomponer e integrar en nuestros cuerpos lo que cruelmente se ha visto desbaratado?

Nuestra creatividad restringida, nuestra capacidad intelectual poco desarrollada, nuestro placer mutilado, nuestra identidad diluida en rutinas cada vez con mayores obligaciones, nuevas ceremonias y extravíos en el laberinto de la maternidad, la pareja o la familia para no llegar a ser jamás las que soñamos ser.

¿Legitimamos la percepción corporal de sutiles mensajes, inquietudes y señales a larga distancia, urgencias a través de invisibles mensajes y otras tenues resonancias?

No tenemos un registro racional y consciente de la protesta que encarna nuestro cuerpo. Se disocia, se suprime, se desplaza el mensaje que emerge de nuestra interioridad en conflicto. La amnesia y la anestesia siempre resultan costosas en repeticiones autodestructivas.

Es necesario comprender estas mismas conductas autodestructivas como “homenajes póstumos” a figuras ancestrales o bien a nuestros propios aspectos ancestrales que necesitan morir y ser sepultados como obstáculos anacrónicos a nuestra contemporaneidad.

Las mujeres y la culpa

La recreación de sentimientos culposos y culpógenos pone en marcha una evolución tanática dominada por tendencias autodestructivas que recorre el camino de los accidentes, las enfermedades de diferente compromiso, delitos y suicidios.

La culpa ejerce una poderosa gravitación en nuestra evolución como mujeres. Creo que podemos transformar nuestros cuerpos en instrumentos sensibles y profundos de conocimiento de nosotras mismas, desarrollando una potencialidad cognoscitiva que apenas sospechamos. Existen otras formas de lucidez.

De la elaboración, integración y superación de nuestras culpas y/o de las que nos imponen desde afuera depende nuestra salud física, mental y emocional. Equilibrio y armonía a los que aspiramos.

“La culpa es una de las armas más poderosas de control social sobre las mujeres y ninguna de nosotras puede ser absolutamente inmune a ella.” (Adrienne Rich)

CONSIDERACIONES FINALES

La culpa encarna un sistema de clausura que angosta todos los horizontes. Se legitima el obstáculo. Se cierran nuevas perspectivas. Se institucionaliza la negación. El pensamiento se

Las mujeres y la culpa

cristaliza en claustros sagrados. La vida parece perder impulso.

La culpa se inscribe en nuestro inconsciente como uno de los códigos no escritos, el más antiguo y más primitivo de la humanidad. Se manifiesta a través de prohibiciones, abstenciones y restricciones intangibles e inmotivadas en la mayoría de los casos. Las leyes internas de la culpa están dirigidas a los deseos más primitivos del ser humano. “Esto no se hace”, “esto no se toca”, “esto no se piensa”, “esto no se siente”, “esto no se mira”. Se prescribe la privación.

El poder de la culpa es indetectable, rehuye nuestra percepción visual, no siempre se expresa con claridad en el plano de la conciencia. Con frecuencia es reprimido y se expresa indirectamente a través de síntomas. Su coerción es manipulada por personajes invisibles.

Una de las causas de la angustia profunda reside en la dificultad para discriminar el bien del mal en un contexto social ambiguo en el que predomina el doble mensaje y la doble moral y no hay signos exteriores claros que ayuden a clarificarlos.

La culpa es otra manifestación del sistema de ambivalencias y antagonismos entre los impulsos de vida y de muerte que describen el desgarramiento de la condición humana.

El universo de la culpa está habitado por crucificados y autocrucificados bajo estricto control.

Las mujeres y la culpa

Los esfuerzos de liberación de los impulsos de vida están condenados de antemano al fracaso. Cualquier movimiento de cambio debe neutralizarle. Se impone todo límite a la imaginación creadora y transformadora.

Cuanto mayor es en nosotras la intuición de la necesidad de cambios, mayor parece ser la necesidad de aferrarse a lo establecido y de no soltar lo ganado con esfuerzo.

Nuestra conciencia se convierte en una “falsa conciencia” del mundo. Conciencia errónea provocada y estimulada por el sistema represivo. En tanto “falsa conciencia” o “conciencia errónea”, está obstruida por el sedimento ideológico que promueve una visión alterada y distorsionada de la realidad.

Conciencia alienada, que manifiesta, a través de su cosificación, la deshumanización de la civilización contemporánea.

Conciencia alienada que se expresa en su incapacidad de valorar y autovalorarse.

Nuestras verdaderas historias como mujeres comienzan cuando aprendemos a compararnos con nosotras mismas y con la realidad que nos imponen e intentamos transformarla. Comenzamos entonces a luchar para conquistar una humanidad más profunda y más completa, por el derecho a ser diferentes de lo que nos dicen que debemos ser, por el derecho a preservar valores en nombre de otros ideales. Es una lucha que nos impone la asimetría del poder.

Las mujeres y la culpa

“Existir es ser limitado.” (Heidegger)

La evolución de la conciencia crítica acerca de nuestras propias limitaciones nos permite sustraernos del absolutismo de lo infinito y lo perpetuo.

El crecimiento auténtico se nutre de rupturas. La culpa no es creación. La libertad es creación.

Hija sin refugio

Exaltan mi cuerpo, mi juventud, mi belleza, mi maternidad y mi erotismo. Me exaltan para controlarme y reprimirme mejor.

La ausencia de poder me ha exigido inventar artimañas para sobrevivir.

Todo está confusamente entrelazado. Lo íntimo. Los otros.

Acciones, transgresiones, regresiones.

Hija sin refugio.

Mi madre capituló. No traspuso el límite, amenazada de exclusión y de rechazo.

Huérfanas. La realidad nunca tuvo demasiado en cuenta nuestra existencia. No sé de qué agarrarme.

Me desplomo. Desaparezco en esta larga tristeza. Soy una sobreviviente de esa irremediable unión naturaleza-mujer, cuerpo-para-otros, huérfana-sin-refugio.

Aislada.

Adherida a lugares establecidos que me justifiquen. Yo misma. Los otros.

Las mujeres y la culpa

Encorsetada en roles cada vez más estrechos,
me cuesta respirar.

Pasiva. Anulo mi lucidez ante el consenso
cómplice que sutilmente me destruye.

Culposa de mis deseos, de mi fuerza, de mis
ganas de vivir.

Controlada. Me suicido ante la rotunda
obviedad de la opresión y la miseria del espacio
concedido.

Habito un mundo transparente y silencioso
polarizado por mis ídolos.

Exijo que las ilusiones sean perfectas. No quiero
saber si soy engañada.

Mi propia mirada recrea al otro. Le otorgo un
brillo y una unidad que no tiene y obstinadamente
insisto en que es real.

He acumulado contradicciones.

Ya no tengo por quién anularme ni a quién
donarme.

Envejezco prisionera de una naturaleza que
ahora me es hostil, en un mundo donde todavía no
sé cuál es mi lugar.

Definida de antemano, obedecí. He perpetuado
la sumisión de mi especie.

Insuficiente.

Las mujeres y la culpa

No tengo herramientas para salir. Me enfermo porque no encuentro otra alternativa.

Mi locura es la historia de un juicio ancestral.

La mirada del otro me exalta, me eclipsa, me ilumina, me cristaliza, me da identidad, me recuerda las promesas no cumplidas, la pasión compartida, el miedo, lo que no fue y también la esperanza.

Entre mis deseos, mis intenciones y lo que el otro me atribuye intervienen malentendidos, secretos; la memoria que miente.

Mucha culpa.

Mucha vergüenza.

Soy esta mujer definida por una imposible dialéctica que lentamente teje la trama de su propia locura.

Tu mirada ha sido muchas veces para mí el motor de un poder despótico, una orden escrita, una sentencia.

No puedo obligarte a amarme ni a valorarme. A lo sumo aspiro a una convivencia no tensa. Ejercicios de separación sin violencia que abran un espacio al diálogo.

Las mujeres y la culpa

Concluir reencontrándonos.

Temo quedar ajena a la coherencia que pretendo conquistar.

No soy la que los otros piensan que soy ni la que creen que debo ser.

Soy el centro de mi propio mundo.

No soy el centro del mundo de ningún otro. Aunque confieso que lo he anhelado y me he esforzado duramente en conseguirlo.

Esta conciencia mía que siempre creí que era el lugar de la claridad es también espacio del equívoco.

Me atrevo a sacarme las prótesis que inventé para protegerme del otro.

Entreabro las puertas blindadas que me aíslan, destejo las ilusiones que hice crecer alrededor de mi existencia. Tengo miedo.

Estoy desnuda en medio de una realidad devastadora.

Me visto con un follaje de palabras francesas para parecer invencible.

Después de años de estar a la defensiva, me encuentro, por fin, de vuelta en mí misma.

Me siento empujada por la realidad que yo misma soy.

Las mujeres y la culpa

Me experimento como una asombrosa revelación: comprendo que estoy dispuesta a existir. Ser yo misma, no otra.

Síntesis sobre síntesis.

Me es imposible quedarme ajena.

Mi subjetividad se desborda. Se descongela la percepción estática.

Los canales de la imaginación y el conocimiento se abren. El horizonte de nuevas estructuras es infinito.

Otra comunicación.

Una nueva dialéctica se gesta a partir del entrenamiento de esta sensibilidad que ya tenía. Afirmo. Niego. Interpreto. No interpreto. Sustituyo los significados. Altero los sentidos.

Soy cómplice, íntimo testigo de lo que contemplo-ejecuto.

Me conmuevo, más o menos, pero me es imposible quedarme ajena.

Mi amor es amor a lo que no quise que fuera, una alternativa de vida a la que me había resistido.

Mi amor me perturba, todo debe reorganizarse, rehacerse.

Pongo en juego mi existencia, mi riqueza, mi responsabilidad, mi vida.

Debo asumir la tarea que este amor me impone. Exploro lo posible y lo imposible.

Las mujeres y la culpa

Este amor crece alrededor de un pacto y alrededor de un límite.

 Mi imaginación promete, siempre promete algo más.

 Comienzo a ser la que nunca he sido.

Mientras tanto

Apuntes para una ética de la transformación

Expresamos cada día con mayor profundidad la necesidad de dilucidar, profundizar y comprender la cultura que habitamos.

Sea cual sea su definición: moderna, contemporánea, posmoderna, totalitaria, decadente, liberal, neoliberal, autoritaria, ecléctica, esta sociedad revela dramáticamente el agotamiento de los mitos cristalizados con los que hemos convivido hasta ahora.

Estamos profundamente involucrados como protagonistas y como testigos en las lecturas e interpretaciones que hacemos de la crisis de un sistema que se obstina monolíticamente en reforzar modelos unívocos y totalizadores.

Somos parte de una estructura de pensamiento incesante, obsesivo, que alardea con soberbia del dominio del sujeto sobre el mundo, del control de

Las mujeres y la culpa

la aventura humana, del manipuleo del espacio, de la administración del tiempo.

Me pregunto: ¿se está manifestando el debilitamiento y la fractura de una racionalidad omnipresente incapaz de abarcar, integrar y comprender la multiplicidad de códigos, lenguajes y formas que encarna la experiencia humana?

DECADENCIA

Cuando a nuestro alrededor se acumulan pruebas claras e irrefutables de cómo el mundo se hace pedazos en el eterno retorno de inútiles guerras, mientras con impotente horror somos testigos de la inimaginable desesperación por sobrevivir al hambre, se pone en evidencia que la inhumanidad reina.

La inhumanidad reina junto a la fascinación por una competencia técnica feroz que prescinde de condiciones morales y desbanca a la preocupación auténtica por los seres humanos.

Convivimos a diario y hasta somos gobernados por seres mediocres cuya espantosa importancia surge de su posición en el sistema de poder y ante nuestro mudo resentimiento manifiestan con claridad su indiferencia cruel ante la vida.

Mientras tanto

“El mayor peligro sería que la decepción ocasionada por las obvias limitaciones del mundo libre y la vida lleve a una fascinación inconsciente ante las diferentes manifestaciones del totalitarismo.” (B. Bettelheim)

El horror que supuestamente debería generar la violencia, en una cultura que cultiva la hipocresía en gran escala, se convierte en paradójal fascinación. Fascinación que emana de su poder, de su amoralidad, de su instinto por la destrucción del hombre, de su bestialidad y del desprecio totalitario de los hechos irrefutables de la vida y de la justicia.

¿Coincidimos o no con las ficciones oficiales?

El carácter inhumano, absurdo y siniestro de la realidad que debemos incorporar a nuestra visión del mundo nos puede inducir a no enfrentar la verdadera naturaleza de lo que vivimos cotidianamente: desapariciones, secuestros, hambre, tortura, campos de exterminio, violaciones, indultos, forman parte de nuestro patrimonio común como seres humanos.

Integrar lo siniestro del potencial de muerte que desarrollan los seres humanos es enfrentarse al abismo de los que están dominados por el deseo de destrucción.

Nos enseñan a escindir el horror a lo siniestro e integrar lo absurdo como natural. Cualquiera sea la apariencia a través de la cual esta necesidad de destrucción se manifieste, debemos

Las mujeres y la culpa

llamarla por su nombre, sin disimularla con diagnósticos técnicos o palabras corteses.

Nos inducen a alterar la percepción de la realidad negando o distorsionando sus aspectos más inquietantes a través de discursos mistificadores.

Se emplean tácticas distanciadoras de la realidad: desplazamientos y disociaciones, falsas analogías y mutilaciones. Se separa lo intelectual de lo emocional de modo de disimular y falsificar la realidad. Esta cultura que mutila significados y fácilmente nos estimula a simplificar y trivializar nos mistifica, nos confunde y nos induce a no reconocer el mal.

“La banalidad a la que nos condenan los sistemas totalitarios es exactamente la de un hombre que aprieta el botón cuando se lo ordenan, sin otra preocupación que apretarlo bien y sin interesarse por las consecuencias fatídicas de su acto.” (H. Arendt)

¿Podemos seguir permitiendo que la “trivialización del mal” nos impida reconocerlo?

Es difícil no involucrarse en el lento y sutil proceso de enajenación-desintegración del juicio crítico estimulado por la presión mistificadora social y política.

El compromiso con la verdad exige replantearse todo lo que se ha hecho, creído y defendido hasta ahora, para saber cómo actuar.

Mientras tanto

Podemos pensar la realidad si creemos que hay posibilidades de cambio, alternativas de lucha y esperanzas de salvación. Lo que no podemos es seguir alimentando la ilusión de retirarnos a nuestro mundo privado, cada vez más aislado de las perturbaciones sociales que inevitablemente nos rodean.

En todo lo que hacemos, pensamos y creemos hay una apuesta.

EL ABSOLUTISMO DEL “SIEMPRE”

Nuestra sociedad se funda en el orden jerárquico, en la ilusión de que existen verdades inmutables, en la noción de autoridad absoluta y en la certeza de las creencias unívocas. Se refuerza la anticipación y previsión de lo conocido de “siempre” y se neutraliza la expectativa de lo imprevisto y lo nuevo.

Un grave obstáculo disocia y aleja nuestros propósitos y esperanzas de un mundo mejor: el absolutismo.

El absolutismo pretende que la realidad se defina a través de “una” sola situación determinada. Esa “única” situación y esa “unívoca” interpretación generan la ilusión de “unidad” que este sistema propone.

Las mujeres y la culpa

El espíritu restringido, el pensamiento estrecho “de-una-sola-vía”, reducen y perciben la realidad desde “una única” perspectiva parcial e inmodificable. Estas “mentes-de-una-sola-vía” encarnan el modelo tradicional de pensamiento acrítico que se adecua a la dominación del sistema al que a su vez sostiene.

Esta mirada “unívoca” revela una profunda indigencia, y es desde donde se generan interpretaciones infieles, parciales, que nutren la inercia del maniqueísmo.

Los sistemas absolutistas tienden a universalizar las estructuras opresivas que pretenden acreditar y justificar. Sutilmente se construye el infierno donde se paraliza el desarrollo humano. El objetivo es suprimir el movimiento, detener el tiempo. Retener las transformaciones. Cerrar. Obstaculizar.

El “siempre” está, confesado, larvado, manifiesto o declamado. “Para siempre”, “desde siempre”, “como siempre”, “hasta siempre”, “por siempre”. El “siempre” tiene consenso y tiene prestigio. Está legitimado como el “nunca”.

Así se da por concluso el tiempo, como si su devenir fuera legítimo en tanto se estaba “llegando a...”

El rebaño obediente se convierte en esclavo del “siempre” que se expresa en clichés, estereotipos y prejuicios. Rigideces impregnadas de “siempre” que impiden percibir y reflexionar sobre la metodología con que se intenta mistificar y conducir.

Mientras tanto

Se construye el “imperio de la mentira” en el maniqueísmo inmóvil de los buenos y los malos. Quedamos sometidos a un sistema de falsedades legitimadas en casi todas las articulaciones del sistema social. La mentira es un estado casi permanente que expresa la radical enajenación que define nuestra relación con la totalidad.

¿Estaremos llegando al límite de nuestra confianza y nuestra ingenua complicidad con las ilusiones y modelos sin fisuras del absolutismo?

El absolutismo es un gesto, una palabra, un dogma que intenta suprimir el tiempo de un ser que es cosmos, mutación y valor. Cualquiera sea la forma externa en que se manifieste, el absolutismo alimenta, sostiene y multiplica estructuras sacrificiales legitimadas en esta sociedad.

“¿Somos conscientes de que la mayor parte de la humanidad es gobernada por sistemas que cultivan el absolutismo y sus residuos siguen operando activamente en el núcleo de regímenes formalmente democráticos?” (H. Arendt)

COMPLEJIDADES

La incapacidad de reconocimiento, integración y comprensión refiere la complejidad de los fenómenos humanos a un solo “código fundamental” que intenta mistificadoramente simplificar los contenidos y trivializar los significados de lo real.

Las mujeres y la culpa

Un grupo, una cultura, un individuo, son sistemas complejos de coyunturas y experiencias diversas. Excluir de la comprensión-interpretación de la totalidad alguna variable decisiva, que a su vez está en proceso de transformación, implica detener el movimiento y caer en la catástrofe de la inercia.

No podemos comprender los hechos que se suscitan sin interrelacionarlos con las leyes universales que los producen. Cuando percibimos “hechos individuales o aislados” generamos falsas divisiones, somos víctimas nuevamente de las apariencias externas y no integramos dinámicamente la complejidad de las variables en juego.

Necesitamos crear un sistema de pensamiento que, aun con precariedad, integre dinámicamente la profunda complejidad de la naturaleza humana y la multidimensionalidad de la realidad. Un pensamiento que no omita ni disocie el error, la incertidumbre ni las fuerzas de desintegración y degradación que nos inclinan a la impotencia. Un pensamiento que integre dialécticamente las contradicciones y el miedo al riesgo que con frecuencia nos paralizan la inimaginable aventura del porvenir y la fragilidad de la verdad.

Si no conquistamos una conciencia de la integración y participación dinámica con una totalidad compleja y universal no hay conciencia de la realidad.

“La historia del pensamiento occidental no es sólo la historia de los desarrollos de la

Mientras tanto

racionalidad, es también la historia de las enfermedades de la razón: la racionalización, la deificación de la razón y la instrumentalización de la razón.” (E. Morín)

La pseudotransparencia de una racionalidad absolutista, que se creyó inexpugnable, quizás sólo sea la muralla defensiva de un suburbio del pensamiento sumiso, deteriorado y opaco.

Necesitamos comprender la realidad sin la soberbia inútil de la obstinación y el capricho, si es que aspiramos a ser libres. Podemos perder la oportunidad de una comprensión profunda, plena y provisoria si reafirmamos una voluntad absolutista y porfiada.

¿Qué conciencia de libertad puedo asumir desde la fatalidad estereotipada de lo abusivo y lo tiránico?

Incrédula y arbitraria, multiplico la incredulidad y la arbitrariedad. La realidad es una presencia compleja.

LEYES DEL STATU QUO

Atravesamos esforzadamente la crisis de los supuestos y de los modelos unívocos alrededor de los cuales se organizó nuestra identidad y nuestra historia.

Las mujeres y la culpa

Fundamos el espacio de la incertidumbre y la precariedad de un tiempo provisorio e inestable donde las viejas y entrañables verdades con que constituimos nuestra identidad se precipitan en el vértigo de este tiempo crítico de insoportables tensiones.

La innegable decadencia social pone de manifiesto que estamos llegando al límite de las ilusiones totalitarias y absolutistas.

Se desestructuran las leyes del *statu quo*. Se quiebra esa temporalidad lineal en la que acumulamos vivencias e historias.

Me pregunto: ¿en qué consiste inventar, recrear, transformar imágenes de ese otro tiempo, que desestructuren la temporalidad lineal y unívoca de nuestra propia historia?

Quizás, arriesgarnos al encuentro con aquello que ni nos atrevemos a imaginar. Creo que es inevitable no desviar el camino e ir al hallazgo de lo impensable aunque no sepamos de qué se trata ni dónde lo encontraremos. Seguramente nada de lo que ocurra se parecerá a todo lo que ya imaginamos. Pero lo que ha de suceder, de hecho, no sucederá si no nos arriesgamos a ser, a hacer y a amar lo que somos capaces de ser, hacer y amar.

Reconocer como falsa la supuesta transparencia de significados de la cultura totalitaria implica legitimar los claroscuros de la duda. Fundar el tiempo de una ética crítica y desmitificadora, recorrer el largo viaje de una lúcida sospecha que nos

Mientras tanto

conduzca al encuentro de lo nuevo, lo desconocido, lo inimaginable.

TESTIMONIO

Enfrentar la realidad en la que aquellos en quienes nos enseñaron a creer y en quienes depositamos nuestra confianza guardan un silencio que evidencia su objetivo (consciente o no) de abandonarnos y destruirnos, es difícil.

Asumir la autenticidad de la indiferencia de los seres de los que esperábamos amor y solidaridad puede socavar y destruir nuestro amor y nuestra confianza en la vida.

Podemos perder la esperanza de salvarnos, la fuerza de combatir al enemigo y peligrosamente dejar en libertad el impulso de muerte. Es duro reconocerse abandonada. Sutilmente se nos estimula a despojarnos de nuestra autoestima, nos inducen a rebajar el respeto por nosotros mismos. Se socava la voluntad de vivir, crecer, crear, amar. Se deterioran los instrumentos de supervivencia. Perdemos paulatinamente la capacidad de protegernos de los peligros verdaderos. Nos enseñan a negar lo que sabemos, así se alteran los significados más profundos y vitales de nuestra existencia.

Queremos autoprotegernos de la verdad, en el convencimiento porfiado de que “las-cosas-no-son-

Las mujeres y la culpa

como-son". No prestamos atención a voces, indicios, señales que previenen.

Presos de la angustia hacemos negaciones cada vez más profundas. La dependencia infantil aumenta. Se refuerzan las posiciones vulnerables frente al peligro. Enmudecemos.

Es muy difícil asumir el dolor que evidencia la realidad y tomar decisiones. Negamos para que la vida nos parezca un poco más fácil.

“La negación es la más antigua, primitiva, inadecuada e ineficaz de todas las defensas psicológicas utilizadas por el ser humano. Cuando el hecho que se niega es potencialmente destructivo, la negación es la más perniciosa de las defensas ya que no permite tomar las medidas apropiadas para autoprotegerse.” (B. Bettelheim)

Necesitamos un amor a la vida profundo y fuerte, un grado de autoconfianza y autorrespeto tal que las tácticas de las estructuras totalitarias que frecuentamos con naturalidad no nos hagan perder el interés por nosotros mismos.

La evolución continua de una autonomía verdadera, el trabajo de conocimiento e integración interior, el cuidado de nuestra intimidad, la capacidad de establecer vínculos significativos, son instrumentos de supervivencia y condiciones para una madurez plena, en el contexto de una cultura que cultiva la enajenación y la indiferencia.

PIRÁMIDES

Habité con naturalidad las pirámides familiares del absolutismo, construidas sobre mandatos sacrificiales de muerte. Las fantásticas prótesis de pseudocertezas que usé me protegieron de la desesperación frente a la rutina y la estereotipia.

Abusé de templos y promesas intentando ahuyentar la angustia ante las carencias. Viví envuelta, disfrazada, protegida, escondida en mitos que me aislaron de la conciencia crítica, vivenciada como fuerza amenazadora de disolución.

Intuí con terror que nada es definitivamente adquirido: no hay fórmulas que garanticen la estabilidad o la continuidad sin fisura.

He sido expulsada de las pirámides. Marginada de los “paraísos perfectos”, habitados por modelos sin fisuras, gobernados por axiomas transparentes, dogmas incuestionables y administrados por reglas de supuestas nociones fundamentales.

El rebaño familiar, asustado, intenta reencauzar rápidamente los signos de la precariedad y la incertidumbre hacia los viejos órdenes y los antiguos gestos que otorgaron una ilusión de seguridad.

Las mujeres y la culpa

La pérdida de territorio conduce, casi inevitablemente, a una vivencia de ambigüedad que es inducida y reforzada por los mecanismos sociales de dominio y control que son parte del sistema de neutralización del individuo.

El sujeto convertido en cosa pierde valor propio y debe justificar su existencia en este mundo, sin lo cual es considerado culpable. La vivencia de ambigüedad nos hace sentir que somos y no somos nosotros mismos, el mundo es y no es nuestro. Hemos perdido la certeza de la legitimidad de nuestra pertenencia.

Conquisté una tranquila firmeza al resistir la extraña fascinación del abismo, de la tristeza o la adicción a oscuros malestares. Una armónica serenidad surgió después de atravesar el terror de convivir con lo siniestro. Me he fortalecido en la búsqueda de otros espacios, en el encuentro de otras miradas diferentes de aquéllas que encauzaron mi identidad primera.

Paradojal alegría y gratitud de saberme expulsada de las viejas casas habitadas por viejos códigos, pobladas de gestos rígidos y mandatos absolutos e inhumanos.

El desapego al que me arriesgo me arroja con fuerza y dolor del espacio de la carencia. Debo asumir las ceremonias del olvido. Estoy frente a los signos disueltos de una historia unívoca y se comienza a perfilar el imprevisible viaje hacia lo posible.

Mientras tanto

Aprendo a aceptar el desafío de habitar la ambigüedad de lo provisorio.

—¿Inauguro otro sentido de lo real?

—No quiero sentirme póstuma a mi propio tiempo.

—¿Qué hacer?

—Me autorreconozco lanzada en la pasión por los experimentos. La urgencia de vivir me impone la búsqueda de potenciales significados, multiplicación de hipótesis provisorias, inestables, que intentan ampliar y profundizar el sentido y la riqueza de la realidad.

—¿Asumo el desafío y el riesgo de intuir o inventar otros nombres con que nombrar este tiempo que se anuncia?

—Todo lo que logro expresar es alguna proposición, una variación que quizás se transforme en metáfora. Lo otro, lo nuevo que intuyo, es aún invisible.

—Estoy atenta a saturar de preguntas que den coherencia a este salto que transforma.

Navegando los mares de incertidumbres he aprendido la certeza empírica de la complejidad y el misterio de la condición humana y de la existencia y la certeza provisorio de la autenticidad del combate de la verdad contra las mentiras camufladas.

He convivido con verdades que creía inmutables e incuestionables; por suerte, desde siempre frecuenté la interrogación. Ahora ya no creo que exista el territorio de las certezas absolutas. También he

Las mujeres y la culpa

recorrido algunas islas de certezas alrededor de las cuales se puede navegar. No puedo impedirme creer y tampoco puedo impedirme dudar.

Nuestro pensamiento y nuestras conductas son inciertas: azares, ambivalencia, malentendidos, reacciones, inversiones de sentido, ambigüedades, extravíos y omisiones.

Nuestro sistema de creencias no integra ni legitima vivir en o con la incertidumbre y menos aún dialogar y asumir la incertidumbre y la provisoriedad como tarea.

El conocimiento que alcanzamos de nuestra sociedad y de nuestra cultura es incierto. Todo cambio, en tanto proceso de transformación, implica una ruptura de la trama social que supone riesgos. Se trata de recomenzar el combate que permita recrearnos sin cesar.

MIENTRAS TANTO

¿Estará en vías de transformación o extinción el sujeto ancestral saturado de automatismos, condicionamientos anacrónicos y rituales mecánicos desprovistos de significados verdaderos?

La transformación de este sujeto clásico y convencional penetra en el interior del lenguaje, destruttura valores rígidos, códigos estereotipados y se convierte en un espacio poblado de fragmentos ya incomponibles.

Mientras tanto

Se rompen los falsos límites que imponen monolíticas definiciones, identidades ficticias o prestadas, roles anacrónicos y también el tiempo homogéneo que esas funciones representan.

Comienza la travesía de una conciencia de participación compleja y global. Amanece la esperanza de una ética imprevisible que transforme los absolutismos en espacios humanizados. ¿Seremos capaces de crear horizontes que no cerquen nuestra visión de la vida?

Atravesarnos un tiempo de inevitable desilusión, previo a una responsabilidad crítica que defina nuestra madurez.

Crear. Recrear. Inventar. Transformar. Probar. Ensayar. Multiplicar, imaginar, arriesgar nuevas respuestas, nuevos nombres, nuevos códigos, nuevos gestos. Corregir mentiras. Trascender el juego perverso de las apariencias. No complacer lo absurdo. Queremos saber más allá de lo que nos conviene saber. Convertir la incertidumbre en el motivo de una creación constante. Imaginar mundos nuevos para poder descubrirlos.

Nuevas respuestas, nuevos códigos, nuevos gestos que librados a la inercia de su propio automatismo se saturarán hasta alcanzar su propia caducidad y quedará demostrado una vez más que nada nos es definitivamente dado.

Esta ética de la transformación trasciende el ejercicio del análisis tradicional y convencional, y mientras tantea intuitivamente se orienta hacia nuevas comprensiones que desequilibren

Las mujeres y la culpa

y desestructuren el “sistema de garantías con consenso” y de “seguridades falsas”.

Esta ética de la transformación que moviliza “la inercia de lo dado” se orienta hacia un “mientras tanto” provisorio, inestable pero generoso y verosímil en la historia de nuestra propia madurez.

“No hay nada prometido de antemano; nada está garantizado ni por Dios, ni por la historia.”
(E. Morín)

Mientras tanto, la invulnerabilidad de la esperanza y el amor responden casi siempre.

PARTE II

LOS QUE MATAN EN FAMILIA

Acerca de una cultura sacrificial

Kafka y la metamorfosis de la violencia

“Y pondrá su mano sobre la cabeza de su ofrenda y después la degollará delante del tabernáculo del testimonio.

“Y los hijos de Aarón rociarán su sangre sobre el altar en derredor:”

LEVÍTICO, cap. 1, vers. 4 y 5

Me exijo habitar este espacio. Estoy forzada a hacerlo. Este podría ser el título de mi propio desconocimiento.

En esta sociedad que repentinamente me priva de esperanzas y de luces he aprendido a sentirme una extraña. Privada de una tierra prometida, me interrogo, me inclino sobre mí misma y me pierdo en remolinos vertiginosos o densas redes. Ante todo descubro una contradicción; también el divorcio que me separa de ella.

Estoy presa en mis verdades y en mis mentiras. Sin embargo, soy una mujer dispuesta a ponerme de acuerdo conmigo misma.

Los que matan en familia

“Escribir significa abrirse desmesuradamente; la más extrema franqueza y la más extrema entrega en la que todo ser por sí cree perderse”, le dice Kafka a Felice Bauer.

Escribiré desnuda, a cuerpo descubierto, contemplando mis propios estremecimientos. Hablaré de costado, como siguiendo una huella, mientras quedo capturada en la trama profunda de una escritura que compromete mi vida en cada párrafo de mi historia.

Este será un encuentro entre la invención poética y el acontecer histórico; singular encrucijada de fuerzas opuestas. Las palabras se convierten en nudos y alianzas o bien son formas vacías que me exponen vulnerable y mortal. Destino irritante o balsámico, siempre político de la literatura.

La escritura, como cualquier otro espacio vital, soporta, retiene y reproduce las represiones y los puntos ciegos alrededor de los cuales se estructura el inconsciente.

Necesito comprender, tengo hambre de lucidez y claridad.

“Comprender es ante todo unificar”, dice Camus.

EL VEREDICTO

He leído un cuento: “El veredicto”, de Kafka. Este relato me arrojó en un hueco plural de mi existencia que me exige reflexionar, una vez más, sobre los surcos incandescentes de mi historia y que él, Kafka, puede deducir sin engaño y escribir a cuerpo abierto. Debo entregarme y confiar. Kafka me obliga a habitar un universo rigurosamente cierto.

“El veredicto” es un cuento que Kafka escribió en la noche del 22 al 23 de setiembre de 1912. Gira alrededor de una carta que Georg Bendemann dirige a un amigo para informarle de su próximo casamiento. La carta da lugar a un violento altercado con su padre. Se realiza entonces un verdadero proceso, al cabo del cual el padre pronuncia su veredicto: “Te condeno a morir ahogado”. El hijo, Georg Bendemann, siente que no tiene otra salida que saltar desde el puente y arrojarse al río.

La violencia insatisfecha encuentra siempre una víctima propiciatoria.

Kafka teje la trama del sacrificio del hijo en el nombre del padre. Éste dispone pacientemente los ingredientes de su posesión. El lugar donde se instala la alianza erótica y mortal entre ambos se nutre de buenos deseos y de maldiciones, a través de los cuales se pone de manifiesto la pasión de las palabras para demoler a un ser.

Los que matan en familia

Escapar. Huir de la angustia de un padre vaciado que desde lo alto de un trono grotesco impone su capricho como un viejo niño incestuoso. El asesinato del hijo es el resultado de la descomposición del padre.

¡Ah, la perversa inocencia del deseo de los padres!

En el parricidio como en el filicidio se ha instalado la reciprocidad violenta. *El poder se va transformando en voluntad de tortura.*

¿No es asombrosa la bestia en la que podemos convertirnos sin demasiado esfuerzo?

Un padre que condena a su hijo a la muerte marca el final de toda justicia humana. Un altercado que culmina en suicidio no se parece en nada a una discrepancia. “El suicidio, el homicidio y el sacrificio no se prestarían a ningún juego de sustituciones recíprocas si no estuvieran emparentados.” (Girard)

La tragedia desencadenada por la violencia se gesta allí donde terminan las ilusiones, donde se agota la esperanza y desaparece la imparcialidad. Cuanto más tiempo se prolongan los antagonismos, más se facilita la “mímesis violenta” y se multiplica el efecto de espejo de los adversarios. Georg Bendemann se convierte en el doble de su padre.

La angustia que este cuento exhala me resulta por momentos intolerable. Kafka me abrumba; sin embargo, no puedo dejar de preguntarme: ese ser hostigado y condenado, ¿soy yo?

KAFKA Y YO

Kafka se ha acercado y se ha metido en mi vida más allá de lo que puede mi control. Exige mi adhesión emocional e intelectual a su personaje, mientras él mismo parece abandonarlo y desentenderse. Me comprometo a participar en su trama e intenta hacerme creer que él está a buen resguardo de lo que sucede en su narración. Por momentos me desespera su indiferencia. Hace pasar por natural el suicidio de Georg Bendemann, cuando es un acto que precisamente quiebra el orden natural.

Imagino al buen Kafka como a un ciudadano simple, un hombre de buena voluntad que no comprende demasiado y por lo tanto no opina. Su aparente desapego afectivo me persuade de que todo es normal y lógico y que sus relatos son apenas una crónica de algo que puede ocurrirle a cualquiera.

Estoy perpleja; Kafka me acosa con sus dobles mensajes: “El-yo-no-me-meto” se transforma en “Nadie-está-a-salvo” (Hopenhayn).

Me pregunto: ¿qué tengo que ver yo con Kafka?

Este cuento, como el resto de su obra, enriquece mi conciencia de los sistemas totalitarios,

Los que matan en familia

así como la reflexión sobre la posibilidad de una libertad conquistada y siempre negada por estos mismos sistemas de poder y de control.

Kafka testimonia la decadencia de valores e instituciones propia de nuestra época. Gestos, vínculos, una cultura en descomposición. La frivolidad, los caprichos, el absurdo de la culpa, voces cargadas de reproches y acusaciones. El dolor inútil.

Sustrae disfraces. Violenta. Desmitifica. Administra contrastes entre delitos, acusaciones y castigos. Pone al descubierto la represión, la persecución y la injusticia imperantes.

La cultura, los otros, pretenden hacerme creer que ellos son los verdaderos y que yo soy irreal, o sea nadie. Es grande la herida al hacerme dudar y desesperar de mi existencia. Esta sociedad persecutoria y decadente me estimula a condenarme con mis propios ojos. *¿Se trata, entonces, de ser amorfo lo más rápidamente posible?*

Creo que en realidad se trata de no dejarse desviar por las confusiones, las dudas, los miedos, la culpa, los divorcios y las inconsecuencias. *El ejercicio constante es evitar, eludir lo que intenta sacrificarnos.*

Habito un mundo de belleza santificada y heredada de los muertos, mundo en el cual creo que puedo moverme diariamente con una vaga ilusión de seguridad y de pertenencia. Sin embargo, a través de Georg Bendemann me rescato a mí misma, recupero el límite de

Kafka y la metamorfosis de la violencia

mis miedos, la profundidad de mis deseos y el extremo de mi conciencia. Me reconozco en un mundo despersonalizado y cruel donde la indiferencia y el poder son homogéneos con el desapego kafkiano para describir desgracias.

En contradicción con él, Kafka describe un espacio totalitario carente de belleza. Un mundo sin salida, clausurado y opaco. El suicidio, la culpa, la impotencia, son respuestas a este universo deshumanizado.

“Toda literatura es un avance contra las limitaciones”, dice Kafka.

OBEDIENCIA Y SUICIDIO

Me siento a salvo escribiendo. Me libero del mandato de obediencia y neutralidad que esta cultura me impone. Me niego a ser uniformada y absorbida por sistemas de control. La ruptura se transforma en tema literario. La realidad que se impone a la creación la nutre y la fortalece.

“No hay más que un problema filosófico verdaderamente serio: el suicidio. Juzgar si vale o no la pena vivir la vida es responder a la pregunta fundamental de la filosofía.” (Camus)

Los que matan en familia

Este cuento me ofrece la posibilidad de reflexionar sobre un problema que me interesa: ¿cuál es la lógica del suicidio?

Todos, o casi todos, hemos pensado alguna vez en el propio suicidio como una solución posible a la presencia del absurdo en nuestra vida. Juego inhumano, donde la muerte y la esperanza intercambian argumentos.

“Matarse es confesar”, dice Camus. Confesar que uno ha sido superado por los obstáculos y las dificultades de la vida, que no se la ha comprendido, o que se ha reconocido, aunque sea inconscientemente, el absurdo de ciertas convenciones, la ausencia de racionalidad en gestos y conductas, la pérdida de los significados fundantes de nuestra propia existencia, el carácter insensato de la agitación y el aturdimiento. El suicidio es, a veces, ese lugar incierto, sin agua, donde la lucidez puede llegar a sus propios confines.

El suicida es alguien que, tras haber sido condenado a muerte, acepta el veredicto, como Georg Bendemann, y obedece.

Nos enseñan que la obediencia es buena y la desobediencia es mala.

“La historia humana comenzó con un acto de desobediencia y no es improbable que termine por un acto de obediencia.” (Fromm)

Es la humanidad la que se suicida obedeciendo a quienes ordenan guerras y holocaustos.

Kafka y la metamorfosis de la violencia

Obedeciendo a las pasiones primitivas del miedo, la violencia y la posesión. Obedeciendo a los razonamientos absolutistas de supremacía y control.

Aparentemente, el mundo no puede ofrecer nada más a un sujeto angustiado, que cree haberlo agotado todo. La irracionalidad de los mandatos ancestrales, la nostalgia de los paraísos perdidos y el absurdo de nuestra cotidianeidad son los elementos fundantes del drama que aniquila la lógica de que es capaz una existencia.

Vivo y pienso en los desgarramientos, en la lógica humillada, en el pensamiento sumiso y en la lucidez triunfante. Trato de preservar lo que me abrumba porque necesito sondear las profundidades de cada experiencia, respetando el proceso y el resultado de mis investigaciones.

No quiero suicidarme, quiero multiplicarme.

He estado triste muchas veces en mi vida. Ignoraba o negaba lo que percibía y esperaba, simplemente esperaba. Creo que he pasado más de la mitad de mi vida malentendiendo, sobrentendiendo y callándome. Estaba segura de que el sentido de la existencia pasaba por obedecer algún mandato, perseverando en él durante largo tiempo, en una obstinada repetición de gestos e itinerarios.

He podido comprender que permanecía a la espera de la vida porque vacilaba en nacer, dudaba, carecía de tarea. La vida se había convertido en algo tan problemático que se resistía a una comprensión más amplia.

Los que matan en familia

Lo absurdo está siempre, desde el comienzo. Absurdo es permanecer y sostener lo agotado. Se trata de que el dolor nos permita desmistificar vínculos e instituciones anacrónicos, formas y gestos rígidos. Se trata de desenmascarar lo que las ideologías totalitarias e inmolatorias de este mundo moderno insisten en enmascarar.

¿Somos testigos lúcidos o inconscientes de esta época que nos ha tocado vivir? Para mí ser testigo es ser conciencia, no la conciencia que ya tenemos sino la que todavía nos falta conquistar.

ANTAGONISMOS, PODER Y CULPA

En la obra de Kafka, como en la sociedad que habito, me encuentro a menudo frente a dualismos infranqueables: hombre-mujer, grandes-chicos, acusado-justicia, padre-hijo o bien madre-hija, público-privado, extranjero-castillo, sociedad-individuo. Estos dualismos antagónicos representan ideologías irreconciliables que no consiguen mediación alguna. Mundos divorciados que no toleran escucharse ni pueden comprenderse, separados por un muro similar al que Kafka construye entre padre e hijo.

Me pregunto: ¿qué sucede con los juicios de valor? Se volatilizan. Poseer es nuestra manera

Kafka y la metamorfosis de la violencia

de amar y de conocer. El gran valor en juego es el poder.

“Hágase lo que se haga, siempre resulta lo que no hay que hacer”, dice Kafka en *El castillo*, y este fracaso cobra aun mayor fuerza en “*El veredicto*”. Todo lo que se hace resulta siempre opuesto al autoritarismo y por lo tanto debe fracasar. En los sistemas represivos, la acción es considerada negativa en tanto es real y efectiva. Lo que no hay que hacer es hacer.

La culpa inculcada por el totalitarismo sirve para inmovilizar y multiplicar la repetición al infinito del fracaso. De ese modo el sistema legitima su apreciación de que la culpa es verdadera. El resultado es que navegamos en la incertidumbre. Vagamos amenazados de una orilla a la otra, nos aferramos a situaciones imposibles, vacilamos, nos abandonan y abandonamos, las bases de nuestra existencia se abren, la tierra se resquebraja, se multiplican los abismos.

La violencia siempre usa disfraces grotescos. Altera valores y jerarquías que parecían inalterables, caotiza. El esfuerzo por sustraerse a ella es interminable. La degradación y la humillación del sujeto también.

“Siempre ha habido hombres que han defendido los derechos de lo irracional. La tradición de lo que se puede llamar el pensamiento humillado nunca ha dejado de estar viva.” (Camus)

Los que matan en familia

La culpa neutraliza y detiene los intentos de salir. La conciencia culposa en nuestra cultura, como en los relatos de Kafka, está organizada para manipular y controlar a los individuos. Espacios cerrados, recintos infranqueables, donde el deseo de vivir está condenado a fracasar.

Esta es una cultura de crucificados.

Nuestra moral judeo-cristiana nos coloca frente a paisajes deshumanizados que son testimonio de su poder y de su falta de compromiso con el dolor de sus criaturas. Azar y ley se unen en la concepción de destino. Y solemos llamar destino a lo que nos aplasta o ahoga.

Esta “ética de la sumisión”, como dice Camus, tiene que ver con una identidad gregaria que nos convierte en irremediables comparsas de una realidad carnavalesca y salvaje que inevitablemente culmina en frustración, enfermedad o suicidio.

Matarse es un modo de denunciar una cultura despersonalizada que cultiva la indiferencia.

Somos víctimas de la ausencia de respuestas.

Todos los discursos autoritarios contienen la promesa utópica de organizar un orden según las necesidades del ser humano. Sin embargo, entre un pasado ya agotado y un futuro fantasmático, la espera a la que se nos condena no nos permite sustraernos del sistema de control, sino que paradójicamente prolongamos su permanencia. Nuestra es la clausura. La redención es ajena.

El sistema autoritario trata de neutralizar la fuerza de los proyectos de cualquier subjetividad

Kafka y la metamorfosis de la violencia

y a la vez enmascarar sutilmente la fuente de esta alienación.

Yo siento, intento reflexionar, la realidad me afecta, no puedo evitarlo, me doy cuenta de las cosas, intento expresar lo que pienso. El sistema de valores del totalitarismo minimiza el discurso individual y lo rotula de patológico. Se trata del ahogo o la intemperie.

EL AHOGO O LA INTEMPERIE

Alternamos la experiencia de libertad con el sentimiento de abandono, el compromiso de la entrega con la vivencia de la asfixia. Para Kafka, la distancia entre la libertad y la desolación es relativamente escasa. El poder manipula a gusto “el terror a la intemperie”, convierte a la libertad en tabú y a la enajenación en un simulacro de protección y seguridad.

Toda ruptura con el sistema de poder se convierte en amenaza de ruptura con uno mismo, en renuncia a vivir. Esta ideología inmolatoria tiende a destruir cualquier experiencia transformadora. Nos reduce a respuestas programadas y previsibles. Las relaciones de los hombres entre sí se cosifican y paradójicamente se personifican las relaciones con los objetos y mercancías.

Los que matan en familia

Culpas, deudas, hipotecas se multiplican geométricamente en nuestra cultura. El modo más eficaz de domesticarnos y neutralizarnos como sujetos es mediante la culpa por existir; ésta es una de las herramientas primordiales de cualquier sistema totalitario. La culpa es el precio que pagamos por nuestra sumisión incondicional. Se nos induce a sostener la mentira organizada que nutre las articulaciones de los regímenes represivos. *Lo arbitrario se convierte en la legalidad dominante de nuestro tiempo.*

Se eternizan aquellas estructuras que se pretende justificar.

Los héroes de Kafka, al igual que cualquiera de nosotros, son víctimas de este sistema de poder y de control, pueblan el universo y después de una maratón de frustraciones se marchan gritando socorro.

EL CUERPO ES REY

Georg Bendemann es blanco y soporte del deseo y de la perversión del padre. Su cuerpo capturado por hilos insensatos se proyecta fuera de las membranas que lo confunden.

Comprometemos el cuerpo en la expresión de los desgarramientos de nuestra conciencia. Reflexiono sobre la relación que establecemos

Kafka y la metamorfosis de la violencia

con nuestro propio sistema de represión original inscripto en nuestro cuerpo con marcas indelebles y a veces inaccesibles.

Somos una metáfora de los males sociales que nuestra época nos obliga a vivir.

El cuerpo es rey. Testimoniamos en él alternativas históricas y políticas. Milagrosamente, nuestros cuerpos vulnerables siguen proporcionándonos conocimiento.

A veces pienso que nuestra sensibilidad es absurda y nuestra honradez elemental. El espíritu que alcanza sus propios límites debe juzgar y llegar a conclusiones. Creo que es en este punto donde se inscribe el suicidio o bien la respuesta creadora.

ADORAMOS LO QUE NOS APLASTA

Miro a mi alrededor y veo sujetos que dicen que sí y actúan como si pensasen que no. Observo el desnivel casi constante entre lo que imaginamos ser y lo que realmente somos. Veo a grandes personajes actuar muy mal mientras enuncian discursos llenos de retórica y de moral. Veo que en este universo tan cerrado y restringido respecto de lo humano, deificamos y adoramos lo que nos aplasta y encontramos siempre algún

Los que matan en familia

pretexto para quedarnos ahí donde nos humillan y abandonan. Amamos lo que nos ahoga.

Partimos del amor confiado y llegamos a la divinización de lo absurdo hasta aferrarnos a los dioses que nos devoran. Adoramos el poder que nos humilla.

*“Toda persona adora a un fascista
la bota sobre la cara el bruto bruto
corazón de un bruto como tú.”*

SYLVIA PLATH

Mi propia obediencia me otorga la ilusión de participar del poder que reverencio, lo cual me da una sensación de fuerza y seguridad. Si el poder decide por mí no puedo equivocarme, estoy protegida, el poder me vigila, no estoy sola. Mi obediencia se construye y se nutre de mis miedos.

Una certeza, una sola certidumbre, a veces, es suficiente para liberarme de los infiernos fantasmáticos que yo misma he creado.

El rechazo de los convencionalismos y los prejuicios es también el rechazo de una existencia condenada a prestigiar y priorizar las formas externas.

Kafka y la metamorfosis de la violencia

**LA METAMORFOSIS
DE LA VIOLENCIA**

“En nosotros perviven los oscuros rincones, los paisajes misteriosos, las ventanas ciegas, los patios sucios, las tabernas ruidosas y las pensiones herméticas. Caminamos por anchas calles de la ciudad nueva, pero nuestros pasos y nuestras miradas son indecisas. En nuestro interior temblamos todavía como en los viejos callejones de la miseria.” (Kafka)

Todos tenemos un conocimiento intuitivo de lo que es humano y de lo que es inhumano. Todos sabemos, de un modo u otro, qué contribuye a mejorar la vida y qué la destruye.

“Se trata de remediar nuestras imperfecciones morales”, dice Maimónides.

Nuestra cultura reedita, disfrazadas, las heridas ancestrales y las identificaciones destructivas con personajes trágicos del pasado. Quizás cuando podamos reflexionar sobre las adhesiones inconscientes a los sufrimientos atávicos, podremos sostener la esperanza de la supervivencia del hombre y la construcción de un porvenir más armónico y más feliz.

Intento modelar la calidad de mi amor. Aprendo a achicar gestos y a profundizar significados. Trato de ser fiel a una “ética de la lucidez”, sin humillar el pensamiento ni los afectos y

Los que matan en familia

obstinándome en la lucha que mantenga viva la esperanza.

Yo creo que la ternura diaria, la creación, nuestra nobleza perturbada, esa infinita nostalgia de unidad, volverán a recuperar sus puestos de privilegio en este universo disperso que tantas veces nos decepciona y que Kafka testimonió confrontándose con su propia oscuridad.

Yo creo que se trata de vivir lo más posible.

Se trata en realidad de estar frente a la vida y tomarle la mano con la mayor frecuencia.

Se trata de nuestra “eterna vivacidad”.

Lo que más vale se sacrifica

“Cuando alguno tuviere hijo contumaz y rebelde que no obedeciere a la voz de su padre ni a la voz de su madre y habiéndolo castigado no les obedeciere (...) lo sacarán a la puerta y dirán a los ancianos: «Este es nuestro hijo contumaz y rebelde que no obedece nuestra voz...» Entonces todos los hombres de su ciudad lo apedrearán y morirá. Así quitarás el mal de en medio de ti y todo Israel oír y temerá.”

DEUTERONOMIO, cap. 21, vers. 18-21

- ¿Qué es lo que hay en el ser humano para que la sociedad necesite y exija su sacrificio?
- “Al exigirlo reconocen su existencia y su supremo valor, más radicalmente aún, su realidad. Mas lo hacen en una forma extraña, a la inversa. En todo sacrificio hay una inversión: lo que más vale se sacrifica.” (María Zambrano)

Los que matan en familia

- “De nuestra voluntad ofreceréis macho sin defecto de entre las vacas o entre los corde-ros. Ninguna cosa en que haya falta ofre-ceréis porque no será aceptado.” (Levítico, cap. 22, vers. 19-20)
- “Lo que más vale se sacrifica; lo real se sacri-fica por algo que no es real... Pero en el ser humano hay algo que trasciende la sociedad en que vivimos. Por ello hay multiplicidad de vidas ineliminables que no entran en el juego de su sacrificio, en la lógica de su des-tructividad.” (María Zambrano)

LOS QUE MATAN EN FAMILIA

Las leyes sacrificiales, los mandatos inmolato-rios, son actos políticos rígidamente fijados por el *statu quo* de las tradiciones religiosas, vigila-dos por las costumbres sociales, por las normas educativas, por los roles sexuales, por la arbi-trariedad de los prejuicios y por una concepción de lo sagrado.

Estamos programados por leyes tan dura-mente encurtidas que nos parecen “naturales y lógicas”, y si algo las transgrede nos parece antinatural e irracional.

Lo que más vale se sacrifica

Abusan de nuestra conciencia. El exceso de representaciones, leyes, creencias, mandatos, preceptos, prohibiciones, se convierten en definitiva en obstáculos que nos transforman en seres pasivos, incapaces de iniciativa y acción. Seres ambiguos que navegan confusos entre la realidad, la mistificación de la realidad, lo posible y lo ideal.

Obedecemos leyes que nos prohíben darnos cuenta de que estamos obedeciendo. Este sistema de prohibiciones y obediencia se autoperpetúa a través de generaciones y generaciones. Maravillosa ingeniosidad de la conciencia.

Una fe inflexible y amenazante, una teología del sacrificio, promete garantías de seguridad a cadena perpetua. Seres destinados a redimir una culpa no visualizable. El fracaso humano reside en una inmolación sin objeto. Inmolación que polariza los gérmenes del disenso y deja constancia de que dicha culpa es real.

La erosión de los valores aumenta, lo religioso se descompone, la legitimidad de los derechos del individuo vacila sobre sus bases, el armazón de las costumbres parece derrumbarse. Se teme por la propia seguridad. Las instituciones que se pretende cuidar y defender pierden vitalidad porque no se transforman. Si bien en lo manifiesto se ataca a los individuos, en lo profundo se hiere el orden que se presume proteger. Se trata de una problemática donde se juega el destino de la sociedad como totalidad.

Los que matan en familia

La ética sacrificial está legitimada por un consenso que la sostiene, la recrea y le da continuidad. A través de la homogeneidad del sistema se teje una compleja trama de complicidades y silencios a la que también la víctima propiciatoria pertenece.

La lógica sacrificial se nutre de seres a los que realmente debería cuidar: niños, ancianos, mujeres, jóvenes, discapacitados, enfermos mentales, homosexuales, extranjeros, prisioneros, seres humildes y desposeídos. Marginales que por su edad, sexo, raza o condición social no logran ser aceptados e integrados plenamente en la comunidad. Las consecuencias de una ética sacrificial no puede circunscribirse a determinados personajes elegidos supuestamente por el “destino”. Sobre aquellos que comparten la “vivencia de exterioridad y marginación”, la comunidad alivia sus frustraciones y temores.

“Así quitarás el mal de en medio de ti y todo Israel oirá y temerá.” (Deuteronomio)

Es frecuente la facilidad con que el pensamiento y las tradiciones religiosas prestan su lenguaje a este aspecto trágico de la humanidad. Me pregunto: ¿la religión se concibe a sí misma como una empresa de limpieza?

La duda es impensable ante la severa promesa de salvación. El sistema promete para someter.

Lo que más vale se sacrifica

“En cuanto a aquellos cuya función es amarnos, quiero decir nuestros padres, nuestros allegados, ellos siempre tienen pronta la palabra necesaria, pero más bien es una palabra como una bala. Nos llaman por teléfono como si tiraran con una carabina.” (Camus)

Podemos reconocer ecos contemporáneos de esta ética inmolatoria en las guerras, holocaustos, mentiras y hambre de nuestros tiempos modernos, o en los dioses sedientos y monstruos implacables de la antigüedad trágica.

Ifigenia, el drama de Edipo, la desesperación de Medea, las Bacantes, Ajax, la locura de Hércules y muchos otros, ponen de manifiesto una punta de la cuestión.

Nos enseñan a creer que la relación entre hermanos es una fraterna y amorosa unidad. Sin embargo, los ejemplos históricos y mitológicos son modelos de enemigos a muerte: Caín y Abel, Jacob y Esaú, Rómulo y Remo, Ricardo Corazón de León y Juan Sin Tierra, Eteocles y Polinice, entre otros.

“Los que matan en familia. ¿No han advertido ustedes que esta sociedad se organizó para esta clase de liquidación.” (Camus)

LA UNANIMIDAD VIOLENTA

La comunidad, el grupo, la familia, generan “estrategias de aplacamiento” a través de una víctima propiciatoria. Aplacamiento de las tensiones y miserias que se intentan disimular. El grupo oculta y disfraza su intimidad.

Los mandatos sacrificiales se ejecutan a través de una empresa colectiva homogénea que otorga su conformidad: “la unanimidad violenta”.

La transferencia grupal de hostilidad sobre la víctima elegida resulta eficaz si el grupo logra sustraerse de la conciencia de una crueldad que nunca reconocerá como propia. Cada miembro del grupo procura controlar la vida interior del otro para preservar su propia interioridad. El grupo condiciona y de ese modo controla el vínculo que cada individuo tiene consigo mismo. Así, el grupo se organiza alrededor de un centro ordenador del espacio y el tiempo.

La “inamovible exterioridad del conflicto” atribuye al “otro” un carácter amenazante, al punto que su expulsión o muerte purga al grupo y rigidifica la “inamovible exterioridad del conflicto”.

Debemos recuperar la trágica problemática que la teología del sacrificio disimula y satisface. La mayoría de los suicidios son respuestas “aparentemente” individuales a un crimen inducido, generalizado y con consenso.

La ética sacrificial evidencia un mundo alterado y cosificado que revela lo esencial: renunciar

Lo que más vale se sacrifica

a ser. Claudicar. Aceptar lo injusto y adecuarse a lo inadecuado. Es el mundo de todos contra todos.

El mundo de todos contra todos es una empresa ni demasiado difícil ni demasiado improbable. Lo que sucede es simple: la alternativa es que los buenos exterminen a los malos y los malos a los buenos. Lo que pasa es que “nosotros” consideramos que nosotros somos los buenos y “ellos” los malos. El problema se presenta porque “ellos” consideran que ellos son los buenos y nosotros somos los malos.

¿No deberíamos con urgencia desaprender esto que nos han enseñado y aprender a aprender lo que todavía no hemos aprendido?

Mientras no podamos transformar-elevar nuestro pensamiento de modo de superar el trágico antagonismo entre ellos y nosotros, todo seguirá igual, como hasta ahora.

Me pregunto:

¿El pensamiento moderno legitima aún la funcionalidad de los antagonismos que nos conducen al sacrificio?

¿Existe una percepción social de la ruptura del orden natural y del derrumbe institucional que esta ética sacrificial encierra?

¿Se pretende perpetuar la ignorancia o la negación de la violencia, multiplicando las condenas arbitrarias, recrudesciendo las culpas o ignorando las sentencias Justas?

Mundo sacrificial

“Atenienses: ...suponiendo que tengáis leyes bastante buenas, una de las mejores será la que prohíba a los jóvenes preguntar cuáles de ellas son justas y cuáles no; deben convenir en cambio al unísono en que todas son buenas, porque su origen es divino, y a cualquiera que diga lo contrario no hay que escucharlo. ...debemos... organizar nuestras ciudades y hogares de acuerdo con la «la ley», con el término «ley» queremos expresar el ordenamiento de la mente.”

PLATÓN, *Las leyes*

Un mundo único, inaccesible al cambio y eternamente justificado por leyes abstractas e inaprensibles. Un mundo absoluto y compacto administrado por argumentos axiomáticos de origen ininteligible.

Gobernado por formas agotadas que se obstinan en autopropetuararse. Clausurado a la lucidez crítica, a la sensibilidad y al asombro. Un mundo donde el discurso de amor, paz y solidaridad parece obscuro en su desfase y desproporción con la realidad.

EL SENTIDO ES SUSTRAR SENTIDO

La cultura sacrificial no aporta sentido, sino que aporta una falta de sentido. Allí donde la necesidad de comprender es más urgente, la búsqueda incesante de significados profundos aparece, en nuestra sociedad, como un empeño vano. La conciencia fetichizada por la mistificación nos sustrae lucidez y perspectivas.

Una cultura sacrificial se apoya en una filosofía y en una lógica que sedimentan la coerción y sustraen a la existencia humana sentido y valor. Se socavan significados profundos. De este modo la vida queda sujeta y a disponibilidad del poder vigente.

Si bien las convicciones morales o determinados valores existenciales no garantizan la supervivencia física, son ingredientes fundamentales que nos permiten no renunciar al pensamiento, a la esperanza y al amor.

En un mundo amoral no existe la culpa ni la responsabilidad. Lo vil está emboscado. El pensamiento moderno perpetúa la negación e ignorancia de la violencia y refuerza el prestigio de la crueldad.

Mundo sacrificial

Se sustraen significados y se socavan objetivos, se pierde el sentido del compromiso. Nuestra conciencia moral se pudre en la pasividad. Los mandatos sacrificiales, gérmenes de la peste, nos transforman en un raro cóctel de autodesprecio y soberbia. El sentido es sustraer sentido.

¿O acaso todavía concebimos un poder que no se autopropetúe sobre los sedimentos de una lógica que mistifica la realidad?

EN NOMBRE DEL SEÑOR

“En nombre del padre”, “en nombre de la patria”, “en nombre de las sagradas escrituras”, “en nombre de la santa iglesia”, “en nombre de la ley”, “en nombre de la libertad”, “la fuerza de los hechos”, “la sagrada familia”, “la moral y las buenas costumbres”, “las sagradas tradiciones”, “la fuerza de la ley”... Es el código de una moral abstracta que se implementa a través de la ley de la fuerza y de la represión concreta.

“En lo más secreto de su corazón lo pusieron presidiendo un tribunal y entonces ellos pegan y pegan, y sobre todo juzgan, juzgan en su nombre. Ellos condenan, no absuelven a nadie. En nombre del Señor, éstas son tus cuentas.”
(Camus)

Los que matan en familia

En el terreno de las ortodoxias, las respuestas son superficiales, bizantinas y herméticas. La mecánica de la represión concreta induce a la complicidad y la refuerza a través del miedo.

MENTIRAS

Las mentiras del sistema sacrificial son perfectas: coherentes, irrefutables y no admiten discusión. El consenso, que las convierte en inatacables, las hace perdurar. “Las cosas son así porque así deben ser. Y así fueron siempre”.

Las mentiras del sistema se expresan en mensajes y discursos contradictorios y ambiguos que paradójicamente adquieren un carácter de certeza convincente que multiplica su dominación en todas las articulaciones del sistema.

Las mentiras del sistema multiplican y perpetúan la complicidad sin perspectivas con el aparato represor. Mentimos y nos culpamos por nuestra falta de virtud, pero no responsabilizamos al sistema por su coerción.

Nos ordenan no tomar contacto con nada diferente a nosotros mismos. Obedecemos, aguantamos la respiración.

Se incrementa la miseria humana. Miseria que no nos hace ni más conscientes ni más humanos, pero sí más miserables.

Mundo sacrificial

Devenimos masa indiscriminada, sin valores
ni matices. Seres abandonados. Comparsas.

La verdad permanece oculta e intacta.

NADA ES POSIBLE

*“Nada es posible, todo está hecho; ergo, yo no
soy nadie.”*

KAFKA

El mundo sacrificial es un universo mutilado donde “nada es posible”, porque si algo que no estuviera ya dado fuese posible implicaría una transformación del hermetismo.

El hermetismo y la clausura del sistema se reproducen en la conciencia y en el cuerpo. La vivencia de impotencia y absurdo de la “conciencia doliente” se instala en el cuerpo encadenándolo a una mecánica de restricciones multiplicadas. El fracaso se convierte en lo único verdadero.

Este mundo opaco neutraliza nuestra fuerza. Todo está previsto y se resuelve a nuestra espalda. Todo lo que transforma, fecunda y se sustrae del control es enfrentado antagónicamente por ser extraño. Conciencia doliente que encarna la vivencia de no reconocimiento.

Los que matan en familia

El individuo no se sabe a sí mismo, no se encuentra, su vida parece no pertenecerle. Extranjero, desheredado, marginal y sin asiento. Desgarrado de su propia identidad pierde lo que genera en la ferocidad de las leyes del mercado. Su conciencia, su energía vital, su productividad, se deforman y se atrofian en las exigencias de una mecánica social que le impide legitimarse como individuo.

TODAVÍA FALTA

Universo insaciable y voraz, acelerado en la sed de maximización tecnológica. Aceleración previsible que paradójicamente lentifica o detiene el movimiento que transforma. Se maquiniza el espacio donde se disuelve nuestra individualidad. Espacio de fundición que nos comprime para agrandarse.

“Uno busca por todos los rincones y no se encuentra.” (Kafka) ¿Dónde están nuestros puntos de referencia? Los espacios familiares aparecen vaciados de sentido y de presencias.

En el universo del “todavía falta” quedamos reducidos al cálculo anticipado de lo que debemos ser. No se trata de ser y obrar, sino de la anticipación y el cálculo como sustitutos de la experiencia y la acción real.

Mundo sacrificial

“Holocausto de la experiencia en el altar de la conformidad.” (Laing)

En el universo del “todavía falta” somos definidos como seres incompletos, inacabados, lejos aún. Condenados a comenzar y a recomenzar constantemente.

Todavía falta, es cierto, para que nos rescatemos a nosotros mismos, para que gocemos de nuestras conquistas, para que nos reconozcamos como parte de la naturaleza.

JÍBAROS

¿Cómo conjurar el riesgo de una enajenación total?

La vida ha sido reducida a previsión, el cuerpo alienado en su incesante intercambio como mercancía. El culto a las seguridades falsas nos induce a abdicar de nuestras facultades críticas y de nuestra responsabilidad personal. Las tensiones y dramas nunca resueltos refuerzan las concesiones anestésicas. Nuestra libertad hipotecada en la lógica del mercado reasegura la indecisión frente al insulto y la sujeción vitalicia a las leyes paternas, la idolatría disfrazada o explícita.

Los que matan en familia

El crecimiento inhumano del poder, la acumulación sin límites, el consumo arbitrario, el crecimiento económico irracional. El maquinismo y la masificación. La hegemonía de valores y significados, la atrofia de la sensibilidad, el embotamiento de la lucidez, la burocratización de las relaciones humanas, la incorporación de estructuras opresivas de pensamiento y acción, la pérdida generalizada del asombro, las guerras frías, la sutil degradación y finalmente la renuncia a la propia individualidad.

Experiencias a escala de un sentimiento de frustración generalizado que cada uno redime en la cruz que le ha sido asignada.

En un mundo sacrificial, la búsqueda de salidas puede significar, paradójicamente, la multiplicación de obstáculos. ¿Acaso la libertad no se manifiesta como una profunda vivencia de vacío? Experiencia absurda, carente de sentido. ¿Libertad para qué? Libres para nada y subordinados para todo.

Se estimula la creación de autocárceles y muros. Nudos. Estrangulados por nosotros mismos, nos amarramos con nudos cada vez más grandes que en apariencia somos incapaces de desatar. Esos nudos, aparentemente simples, están cada vez más ajustados alrededor de la garganta de la humanidad.

Somos gobernados por poderes volátiles, ajenos, que residen por encima de nosotros mismos. Somos “uno más”, voluntad embotada, parte de “eso”. Hemos sido sustraídos de lo que nos pertenece:

Mundo sacrificial

nuestro tiempo, nuestro espacio, nuestro trabajo y nuestra obra.

Es lento y sutil el proceso de jibarización. Donamos nuestras cabezas. Asumimos nuestra identidad de acéfalos, nos liberamos de la responsabilidad de pensar y en un espacio donde predomina la previsibilidad y el axioma, decapitados cultivamos la hipocresía, adoramos lo falso, nos aturdimos y nos agitamos para disimular lo mejor posible nuestro desgarramiento.

Irremediables extranjeros. Prototipo del ser des-ubicado y des-poseído en un universo de sombras y ausencias.

¿Quién puede enfrentar lo invisible?

La crisis de las diferencias

El discurso retórico del mundo moderno dice que aspira a la igualdad e interpreta las diferencias entre los individuos como limitaciones a la armonía de la humanidad. Este ideal influye a nivel intelectual mucho más que en el terreno de los valores y las conductas. Son abundantes y complejos los malentendidos que evidencian el “horror a lo diferente”.

Basta con suprimir las diferencias establecidas sobre las que se apoya un vínculo para que se produzcan tensiones y confusión. Cuando las diferencias comienzan a oscilar, las posiciones no cesan de transformarse y se pierde el equilibrio y estabilidad anterior.

El orden cultural es un sistema político de diferencias organizadas e institucionalizadas. Estas diferencias exigen distancias entre los individuos. Las distancias les permiten ubicarse con cierta claridad a unos en relación con otros. Las diferencias y la distancia que éstas imponen otorgan identidad.

Los que matan en familia

La transgresión y pérdida de estas diferencias que otorgan identidad parecería que inevitablemente promueven antagonismos, envidias, celos, luchas a muerte, rivalidades y competencias dentro del grupo, familia o comunidad.

La cultura sacrificial pone de manifiesto la “crisis de las diferencias” en el orden institucional en su conjunto.

Las diferencias establecidas y organizadas por sexo, raza, edad, roles, estado civil, clase social, poder adquisitivo, religión, nacionalidad, status económico, prestigio intelectual o artístico, profesiones y oficios otorgan sentido a los individuos.

Estas diferencias se cosifican, se fetichizan, se mercantilizan y se constituyen en valores que los individuos intercambian, consumen, multiplican y manipulan entre sí.

Una identidad auténtica y profunda que afirma las diferencias es siempre una amenaza. El grupo se cohesionan contra el acusado de realzar las diferencias y desestructurar el orden establecido que funciona a expensas de la conciencia parasitaria.

No son las diferencias establecidas, algunas de antemano, inclusive desde antes de nacer, sino la pérdida de esas diferencias establecidas que otorgaban identidad, lo que ocasiona la confusión violenta y la crisis sacrificial.

La naturaleza humana se diluye en el *statu quo* de las instituciones oficiales que realimentan el horror a lo diferente.

La víctima

“Previsora, Atenas (la ciudad), mantenía a sus expensas un cierto número de desdichados para los sacrificios. En caso necesario, cuando una calamidad se abatía o amenazaba abatirse sobre la ciudad, epidemia o carestía, invasión extranjera o disensiones internas, siempre había un «pharmakos» a disposición de la colectividad. El «pharmakos», chivo expiatorio, exponente de una ética sacrificial, aparece como un personaje lamentable, despreciable, culpable y condenado a todo tipo de violencia, y paradójicamente se lo rodeaba de una veneración religiosa.”*

GIRARD

EMPRESA COLECTIVA

El sacrificio es una institución comunitaria. La sociedad, los grupos, la familia, la comunidad, se cohesionan e integran en una empresa colectiva: “la unanimidad violenta”.

* La palabra “pharmakos”, en griego clásico, a un tiempo significa el veneno y su antídoto, el mal y su remedio. Sustancia capaz de ejercer una acción favorable o desfavorable.

Los que matan en familia

Todos juntos, conscientemente o no, se ponen de acuerdo en la elección de la víctima* propiciatoria. Los corazones unidos de la familia o comunidad dan su conformidad, pactan claramente que se puede maltratar, humillar, herir, sentenciar, condenar y matar a la víctima elegida “sin reciprocidad”, es decir, sin correr el riesgo de que sea defendida, vengada o reivindicada.

La víctima, que es parte del sistema inmolatorio, deberá asumir como lógicas y naturales las acusaciones y sentencias. La funcionalidad de su rol consiste en cargar con las miserias grupales ocultas y no resueltas, soportando sobre sí las culpas que el grupo o comunidad necesita expiar.

Al mediatizar la descarga de odio devuelve al grupo la paz y la armonía.

Las víctimas aprenden tempranamente a obedecer y saben que “ser un objeto útil para los otros” tiene prioridad sobre “ser un sujeto para uno mismo”. A su vez, la ausencia de reivindicación, es decir, la falta de defensa, sirve para reforzar la negación compartida de la verdadera problemática grupal.

En suma, que lo esencial es poder enojarse sin que el otro tenga derecho a responder. “No se le responde al padre. ¿A quién habríamos de responder en este mundo, sino a los que amamos?” (Camus)

* Víctima: 1490. Tomado de víctima, persona o animal destinado al sacrificio religioso. De ahí victoria, victor, victorear, victimario, vencer. (*Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, de J. Corominas, Ed. Gredos.)

La víctima

El procedimiento es sencillo: se polariza y unilateraliza la violencia en la víctima. Se instalan mecanismos de negación, disociación y racionalización que disfrazan el homicidio. La víctima que es parte del sistema inmolatorio, a través de una culpa indefinida y masiva, que la convierte en un ser vulnerable, atrae sobre sí la crueldad grupal y de este modo refuerza y da continuidad a la lógica sacrificial.

A través de acusaciones minuciosas, condenas arbitrarias, exigencias devastadoras, imperativos absolutos, interminables procesos, jueces y tribunales generadores de una culpa indeterminada y ambigua, se induce a la víctima a obedecer sin reivindicación. Es decir, se puede herir sin peligro.

La cultura sacrificial elige una víctima y la define como solución parcial, que a través de la sustitución se convierte en indefinidamente renovable en el tiempo.

La crueldad grupal tiene consenso y es legitimada como fundadora del “orden institucional” que se presume cuidar. Paradojalmente, se socavan las bases y se desestructura el orden que se quiere proteger.

Los que matan en familia

IMPUREZAS

El miedo al contacto o contagio con lo oculto e impuro es uno de los motores de la cultura sacrificial.

La víctima es una intermediaria cuya función es impedir que el contacto directo del grupo entre sí y con lo oculto precipite la violencia. La víctima encarna la contaminación con las impurezas de las que es depositaria. Impurezas intestinas cuya muerte purga.

Cualquier transgresión sexual –masturbación, incesto, homosexualidad– implica la ruptura y desaparición de las diferencias que definen el statu quo del “orden establecido”.

“Se paseaba al «pharmakos» a fin de que drenara todas las impurezas sobre su cabeza, después de lo cual se lo mataba en una ceremonia en la que participaba todo el pueblo.” (Girard)

OSCURIDAD

Obediente de las leyes sacrificiales, al obstaculizar que una mayor violencia se manifieste, la víctima impide que se evidencie lo espúreo que está disimulado.

La víctima

La familia, los grupos, la comunidad y también la víctima (que es un doble) oponen una resistencia concertada para impedir que se evidencie lo secreto y oculto.

Podríamos saber algo de lo que ocurre, si no estuviera prohibido saber qué ocurre realmente y si no estuviera prohibido saber que está prohibido saber.

Recibimos instrucciones y obedecemos. Pero se trata de “no darnos cuenta” de que se nos ha ordenado actuar así y seguimos obedeciendo.

Este fenómeno casi hipnótico opera “naturalmente” en muchas familias y comunidades. Si bien todos los instrumentos de comunicación son capaces de crear atribuciones mistificadoras, el instrumento más importante es el código no verbal que produce los efectos de una sugestión hipnoide. La mirada, el tono de voz, un gesto, un toque, el lenguaje corporal, el olor, una conducta, se transforman en atribuciones silenciosas y mistificadoras que contienen mensajes secretos, mandatos y prohibiciones.

No es necesario decir nada. El sistema de atribuciones tiene coherencia interna y debe ser obedecido “ciegamente”, sin cuestionamientos. Las atribuciones a la víctima son institucionalizadas por el consenso familiar o grupal.

Complicadas pero ingeniosas tácticas para preservar la oscuridad grupal.

Las víctimas modernas son inmoladas a fuerza de palabras o silencios siniestros. Las

Los que matan en familia

acusaciones y juicios o la ambigüedad de las respuestas adquieren la dureza mineral de las piedras.

Las sentencias y su ejecución o autoejecución se dramatizan en auténticos tribunales que ponen en marcha la embestida final contra la víctima.

Esta dialéctica destructiva conforma el mundo de todos contra todos, empresa comunitaria de paranoicos que presumen salvaguardar el control del rebaño.

LA HOMOGENEIDAD DEL SISTEMA

La violencia nos iguala. La víctima, presunta culpable, es un doble. Sustitución sacrificial de dramática simetría. A medida que la violencia se exaspera, los miembros de la familia, grupo o comunidad se convierten en “idénticos”. Los mismos deseos, los mismos argumentos, las mismas tácticas. El torbellino de odio desatado los convierte en la misma cosa.

Cada antagonista ve en el otro “el usurpador de una legitimidad” que se obstina en defender y no cesa de debilitar.

Cada uno revela “su verdad” y denuncia al otro sin autorreconocerse jamás. Ninguno percibe el espejo recíproco en que ambos están comprometidos. La reciprocidad de la violencia

La víctima

se alimenta de los esfuerzos que cada uno hace por alimentarla.

No se podría afirmar o negar nada que no se afirme o niegue inmediatamente del otro. Son dobles; esto quiere decir que son iguales, coinciden en su ilusión de superioridad, de tener la verdad y de profundas diferencias entre sí.

Desde adentro la familia o comunidad se creen separadas de la víctima por distancias y diferencias formidables. La víctima, que es un doble, debe asumir lo que le ha sido atribuido y de ese modo oculta lo escindido por el grupo.

Desde afuera la uniformidad parece total. Se percibe la identidad y la dramática simetría de los antagonistas. La víctima, a la vez que oculta, pone en evidencia lo disfrazado, la intimidad de un vínculo distorsionado que cree que necesita desdoblarse y disimular alguna monstruosidad.

La víctima, ese monstruo y sus dobles, ponen de relieve un polo de violencia para disimular otro. Coinciden.

En la trágica simetría se evidencia la “homogeneidad del sistema sacrificial”: la víctima elegida, objeto de la fascinación inmolatoria, el grupo que la elige, el victimario que la sacrifica, la lógica racionalidad que justifica, la legitimación de los instrumentos, el clima sacralizante que disimula, la comunidad que silencia.

Espejos intercambiables que aseguran y multiplican la renovación infinita de la sustitución sacrificial.

Los que matan en familia

La percepción de la homogeneidad del sistema sacrificial y su consenso permiten descubrir el secreto de la “unanimidad violenta” como empresa colectiva.

Testimonio

“No soporto a la gente buena a la que da miedo acercarse.”

DOSTOYEVSKY

Soy una criatura alterada por la mirada del otro. Esa mirada me penetra y me viola. Me convierte en “ese objeto que el otro necesita que yo sea” para satisfacer su glotonería.

Aprendo a obedecer sin demoras y sin comentarios. Aprendo a multiplicar los esfuerzos sensibles por complacer y ser aceptada. Me siento culpable cuando hago algo diferente de lo que me piden o bien cuando estoy en un lugar distinto del que “ellos” suponen que debo estar. A través de la culpa me enseñan y aprendo a ser un objeto útil para los otros.

Vivo con adultos, creo en ellos. Escucho sus acusaciones y condenas. Son monstruos sagrados que exigen un tributo. Le doy mi sangre a los fantasmas que me acusan. Aprendo silenciosamente

Los que matan en familia

que en este mundo se sacrifica todo a las apariencias.

Somos criaturas alteradas o crucificadas por la mirada cruel y la arrogancia del “adulto inocente”. A través de sus acusaciones y su rígida condena descubro que ese ser, que soy yo misma, se transforma en un monstruo de perversiones y egoísmo. Además, haga lo que haga, en tanto he sido sentenciada de antemano, me está prohibido aceptarme. Las supuestas verdades de los adultos se han transformado en piedras.

Comienzo a sentirme y a aceptarme como ese ser culpable y egoísta que los otros me atribuyen. Esta progresiva transformación que voy haciendo hasta creerme una malvada es funcional y tiene fines sociales utilitarios.

Me llevó tiempo comprender que los otros necesitan “tener siempre a mano un chivo expiatorio”. Para esto me enseñaron minuciosamente que existen dos clases de seres: los “seres inocentes”, que niegan a perpetuidad lo hostil de sus conductas, rechazan sus aspectos negativos, se los sacan de encima y los colocan en otros que son “los malvados”. Así es como “los inocentes” inventan, porque necesitan, a la vez que dependen de “los culpables”, que encarnan una hostilidad que no pueden reconocer como propia. Incorporo el carácter repetitivo de estas operaciones como rituales invariables. Admirable monotonía.

De este modo se van produciendo, desde antes de nacer, monstruos a medida con utilidad social.

Testimonio

Observo que algunas personas, para salvarse, se suicidan; otras buscan una salida en la poesía; alguna gente se vuelve loca y otros prefieren ser lo que el delito haga de ellos y creen que se salvan en el acto de trampear.

Los inocentes, que por supuesto se creen “buenos”, necesitan renovar a diario el sistema que conserva el antagonismo bueno-malo, inocente-culpable. Este antagonismo se convierte en un *statu quo* infranqueable. La mínima inquietud es sentida como amenazante y aterroriza a los buenos.

Lo esencial es si creemos o no que somos aquello que los otros nos atribuyen y pretenden hacer de nosotros.

Confieso que nada me es más difícil de aprender que aprender a no hacer otra cosa que lo que yo siento y necesito como estrictamente vital para mi propio bienestar y desarrollo, sin culpa.

Kidos o la irresistible fascinación de la violencia

“Hay varios términos en Homero que revelan de manera evidente la relación entre la violencia, el deseo y la divinidad. El más característico de ellos tal vez sea el sustantivo «kidos», que debe definirse en términos de prestigio casi divino, de elección mística unida al triunfo militar.

“En su Dictionnaire des institutions indoeuropeennes, Benveniste traduce «kidos» por talismán de supremacía. El «kidos» es la fascinación que ejerce la violencia.”

GIRARD

MAJESTAD TRIUNFANTE

En instituciones como la familia, la escuela, los templos, en los roles sexuales, en las relaciones entre padres e hijos, en las diferentes profesiones, en la calle, en el deporte, en la política, en los juegos de azar, en la sexualidad y el erotismo, en

Los que matan en familia

la burocracia de la vida cotidiana y doméstica, en los medios de comunicación, en las autopistas, en el senado o en la feria, la violencia tiene prestigio. Logra expresarse y ser legitimada como una cierta majestad triunfante.

Escenas de un “teatro de la crueldad” que muchos creen que no les conciernen y miran desde afuera. Escenas de grandeza que los individuos disfrutan, unos siempre a expensas de otros.

Máscaras feroces de raza fuerte y conciencias rotas, soberanos absolutos que se alimentan del mudo horror de los sacrificios crecientes. La violencia en nuestra cultura ha conquistado prestigio y consenso. Convertida en éxito, desarrolla una fascinación irresistible que refuerza su poder y su dominio.

Metáfora y síntesis del ser y la divinidad. Su consagración social prestigia las ideas, los gestos y caprichos del ser violento. Sujeto-objeto-instrumento de la voluntad de posesión, maltrato y supremacía.

Pálidos adoradores coinciden en esa ilusión de superioridad y grandeza y depositan sus cabezas en el templo, alrededor del ídolo. Su mirada, que atrae y fascina, señala el abismo. Mecánica fría de infalible eficacia que no permite sustraerse del sacrificio.

La capacidad de destrucción ejerce una misteriosa atracción. La bondad parece débil y aparentemente fracasa. Nos hacen creer que la dignidad

Kidos o la irresistible fascinación ...

humana es un engaño y carece de sentido porque los buenos son explotados y perecen.

La fascinación de la violencia hipoteca nuestro futuro en un siniestro atraso.

Conscientemente rechazamos el nazismo, el fascismo, el paternalismo, el machismo, el militarismo, pero inconscientemente podemos sentirnos extrañamente fascinados por su fuerza, su ferocidad y su amoralidad.

Una comunidad de brutos y celosos ordena un universo poblado de seres-objetos-máquinas-animales, que son gobernados por las leyes del choque y el exterminio.

La grandeza consiste en hacer temblar. Paralizan. La crueldad no cesa de ensanchar los desiertos y las murallas que crecen a su alrededor y marcan la ruptura que interrumpe toda circulación. No hay encuentro, no hay diálogo, no hay reciprocidad. Sólo desesperación.

DIVISIONES Y PRIVILEGIOS

La estructura del orden social refuerza divisiones y privilegios, recursos de una inhumanidad que se afirma con mayor insolencia cuanto más amenazada se siente.

La sociedad entera se descompone en el hechizo que mistifica el crimen. El optimismo disfraza su

Los que matan en familia

esencia. La ironía, la farsa, las ambivalencias y contradicciones logran que nos resulte difícil reconocer el bien y rechazar el mal. La trivialización de la crueldad y la violencia hace que pierdan su impacto y sus significados más profundos.

El monopolio de la arbitrariedad se multiplica y contagia. Se pervierte la conciencia moral, órgano del sentido de la vida. La soberbia constituye la peor ignorancia.

Detrás de la opacidad de la mistificación existe un proyecto inteligible de destrucción. La sed de un dios insatisfecho que exige minuciosamente víctimas que apacigüen su violencia intestina. La evacuación de la crueldad se presenta como un imperativo absoluto e impostergable.

La ilusión y el deseo de “ser” se identifican con el fascinante hechizo de la violencia. El sujeto se desespera y combate por encarnar esta crueldad irresistible y triunfante.

CREER Y OBEDECER

Si abrimos la trama del hechizo podemos observar la fascinación mimética de la reciprocidad violenta. La fascinación que ejerce la violencia promueve su propia metamorfosis. Su poder siniestro, que comienza siendo unilateral, se transforma rápidamente en recíproco hasta convertirse en unánime.

Kidos o la irresistible fascinación ...

Fascinados y embaucados por la majestad triunfante que resplandece en la mistificación compartida, se cree y se obedece.

Se cree y se obedece la fuerza y la eficacia de los símbolos que manipula la violencia, la fascinación que induce lo imaginario ideal, las creencias, la adoración y el miedo ante formas pasionales que nos llevan al deslumbramiento.

Se cree y se obedece una lógica absurda, desprovista de sentido verdadero, ausente de contexto, que no se molesta en explicar demasiado. Un mero “porque sí”. Lógica absurda a la que se provee de un soporte dotado de poder exorbitante. Maquinaria feroz que refuerza su impenetrabilidad y genera el misterio de su propio mecanismo en quienes, fascinados, se dejan atrapar por ella. La impenetrabilidad y el misterio seducen y dominan.

Parece participar la totalidad de un universo cómplice que con su silencio ya se expresó en holocaustos y genocidios, en la multiplicación de los campos de exterminio y en los nuevos modelos de violencia que no cesan de reproducirse y gestar más y más limitaciones y atraso.

Las sociedades primitivas son menos hipócritas. Nosotros podemos torturar, secuestrar, mentir, matar, hacer la guerra, simular el amor, hablar mal de nuestros amigos, mientras tomamos un whisky y seguimos tejiendo.

Los que matan en familia

La propia capacidad de destrucción fascina. Cada uno ajusta los mecanismos de una maquinaria de dominación cuyo funcionamiento conoce muy bien.

Me pregunto:

¿Existe el temor de que la comprensión desmistificada del sistema de poder coincida con su disgregación?

¿Es tan profunda la dificultad para percibir la anormalidad de la realidad tal como se presenta?

ESPASMOS

La violencia no es continua ni permanente. Es repentina, imprevisible, espasmódica. Sobreviene por accesos, algunas veces sobre un fondo de tranquilidad sucede a su propia ausencia. La violencia seduce y asusta. Suscita desequilibrio. Muchas tiranías se alimentan y se refuerzan en la inestabilidad.

Intentamos dominar la violencia, controlarla, y paradójicamente inducimos una violencia aun mayor, cuyo prestigio se incrementa en la creación de obstáculos cada vez más infranqueables.

La bella indiferencia, la autosuficiencia divina, la misteriosa inaccesibilidad, la suprema totalidad, jerarquías que perderían atractivo si dejaran de ser distantes e impenetrables.

Kidos o la irresistible fascinación ...

Somos seres complejos que tejemos, incesantemente, una red de señales e imperativos contradictorios. Le tendemos al otro una trampa parecida a aquélla en la que estamos cayendo. No dejamos de encerrarnos mutuamente.

La potencia del “kidos” es proporcional a su seducción. En el “kidos” la fascinación de la violencia es del que asesta el último golpe, el mayor.

Adoramos la misma violencia que rechazamos. Es profundo y difícil el esfuerzo para sustraernos de la parálisis y el hechizo casi mágico y religioso, y de los efectos espirituales que produce en nuestra cultura la violencia triunfante.

INSTINTO

A medida que avanza y se profundiza la crisis violenta, se manifiesta con claridad que ya no se trata del valor o significado del conflicto que estimula codicias o rivalidades, sino de la propia crueldad que necesita desencadenarse.

Se interpreta la violencia como un instinto del que es imposible sustraerse.

Me pregunto:

¿Esta concepción de instinto que fatalmente promueve violencia y nos empuja hacia la destrucción y la crueldad, no es una ilusión ancestral

Los que matan en familia

que favorece el planteo de la propia violencia como ajena o al margen de nosotros mismos?

¿Estamos reforzando los beneficios secundarios de la disociación y el desplazamiento?

¿Es difícil asumir la responsabilidad de un instinto que gobierna fatal y autónomo desde afuera?

¿Será otra escapatoria para no mirar la propia violencia y crueldad de frente y procurarnos así circunstancias cada vez más aleatorias?

El único, rey de sus humores

“En cuanto el Príncipe da una orden, esa orden es ejecutada inmediatamente, aun en el caso de que él no sepa ni lo que hace ni lo que dice, como cuando está borracho. Al parecer, cuanto más arbitraria es la orden, mejor obedecida es.”

MONTESQUIEU

En este gran rebaño en el que vivimos y circulamos existe una comunidad de “seres elegidos” que se creen destinatarios unívocos de todos (o casi todos) los privilegios.

Tejen para eso una moral blanquísima e inmaculada. Limpian la conciencia propia ensuciando la ajena; esto les otorga un poder absoluto que les permite estar “por encima del montón”. Cumplen con un impecable lavado de cerebro que los sume en un estado de ignorancia paradójal con respecto a sí mismos. Quien dude de estos plenos derechos es arrojado de la familia o comunidad y velozmente transformado en tabú.

Los que matan en familia

Se trata del “único”, ese dios que suprime al “otro”. Hace converger “todo” hacia un “centro”, al que se está condenado a obedecer y del que “nada” vuelve. Posee, aplasta y sobrevive. Testimonias a cada paso su afán de supremacía. La virtud ajena es un trazo sucio.

El único intenta apoderarse de todo: cuerpo, mente, bienes y tesoros, espacios y tiempo, identidades, secretos, propiedades, proyectos y sueños.

Cada uno queda solo y despojado. Confundido con los demás en la parálisis de su propia nulidad. La realidad se transforma en un desierto silencioso, habitado por fantasmas, ganado de víctimas resignadas y opacas.

El único, que cree ser dueño absoluto de una autoridad ilimitada y arbitraria, y cuya única norma es su propia voluntad, se revela capaz de vivir sólo si se lo alimenta con los sacrificios multiplicados de los otros. Ritual de posesión corrosiva, de abandono, del despojo más completo.

“Antes el dios sólo pedía los primeros frutos, luego la cosecha, luego la simiente, finalmente la autodestrucción.” (Montesquieu)

¿Quiénes son estos seres que necesitan víctimas, exigen cuerpos amontonados en sus altares, se deleitan con la humareda de la carne en los holocaustos y apaciguan un poco su voracidad en los campos de exterminio?

El único, rey de sus humores

NIÑOS ARROGANTES

Niño arrogante que siempre necesita algo nuevo que refuerce la inmovilidad profunda de su estructura rígida.

El cambio constante de sujetos o de formas externas afirma la permanencia de un sistema de perfecto automatismo.

Lo que importa es el drama. Los actores son comparsas que van y vienen. La representación debe continuar inalterable. Espejos que lo deleitan con su reflejo y el eco desmesurado de sí mismo. Piezas intercambiables que son “normalizadas” a través de la educación, de modo que se puedan sustituir sin introducir modificaciones en el sistema.

Sanguijuela voraz ante la cual los otros, sometidos a adoración y tributo, se degradan al colmo de la esclavitud, la inercia, el anonimato, la molicie o la nulidad.

Convocan el mayor número posible de seres vueltos hacia sí mismos, seres vacantes, siempre listos para responder privados de autonomía y consagrados a la esterilidad. Para que el único sea feliz, es necesario que los otros no vivan.

“Llego a ser quien soy porque hay alguien que ha dejado de ser quien es.” (Buber)

Los que matan en familia

El universo del único es un teatro donde desfilan diferentes actores: adoradores devotos que desempeñan siempre los mismos papeles de comparsas en escenas que se reiteran indefinidamente. Enanos, bufones, contrahechos, payasos, sirvientes ciegos, sordos y mudos, una corte en negativo que afirma que sólo él, el único, dispone de las pruebas cósmicas de su omnipotencia y unicidad. El ciego es el emblema del único, porque “no ver” es estar condenado a obedecer.

Se alimenta al único en la creencia de que es un otro incomparable, cuya grandeza ficticia se acrecienta en tanto es rodeado y obedecido por ausencias. A su alrededor es peligroso razonar. Bien o mal, razonar es vulnerar su poder.

El único es el instrumento, a la vez que víctima elegida, de una uniformización invariablemente fatal. Nivelación y servidumbre en una universalidad vacía.

El único se cree liberado respecto de otros porque no reconoce iguales. No admite en sí mismo sino superioridades y grandezas. Y cuando, condescendiente, logra ocuparse de algún otro, se incrementa el deslumbramiento que siente por sí mismo.

Profunda duplicidad de las criaturas: la falsa modestia lo ayuda a brillar. La pseudo virtud le permite oprimir. Su humanidad está siempre preparada para dominar. Ser el más fuerte. Desquitarse. Golpear y vencer.

El único, rey de sus humores

¿Qué importa autohumillarse si así se realizan dulces sueños de opresión?

“Son capaces de subirse a la cruz solamente para que se los vea desde más lejos, aun cuando sea necesario patear al que se encuentra en ella desde hace tanto tiempo.” (Camus)

Desdichados aspirantes al prestigio. Necesitan vivir arriba, por encima de... Sobresalen en su capacidad de desprecio y de soberbia. Su grandeza es asunto de artificio e ilusión óptica. Construyen magníficas escnografías, verdaderos espejismos habitados por siluetas. No hay diálogo, no hay intimidad, no hay sentidos a interpretar ni tiempo para comprender. No hay encuentro. Paradojalmente, su tenaz indiferencia induce a que se los adore.

EL REY DE SUS HUMORES

Sus menores gestos, el tono de su voz, su mirada, son interpretados como anuncios de cordialidad o de guerra. Dominan la dialéctica del entusiasmo y la angustia que pronostica si el día será feliz o desgraciado.

Idolo al cual sus adoradores, servidores celosos, que le preparan golosinas, se someten,

Los que matan en familia

fundiéndose con él en la fatal uniformidad de su dominio despótico. Inquietante degradación de la vida que estimula el abuso en provecho propio.

“Ser rey de sus humores es el privilegio de los animales más avanzados.” (Camus)

Comparsas

Diálogo ligero

Fromm: “¿Hay algo más evidente que el hecho de que los individuos arriesgan sus vidas, renuncian al amor, renuncian a la libertad, sacrifican sus ideas para sentirse uno más del rebaño, con lo que adquieren un sentimiento de identidad aunque sea una identidad ilusoria?”

Kafka: “Cobijado en el seno del rebaño se desfila por las calles de las ciudades para acudir al trabajo, al pesebre o a la diversión. No existen milagros sino sólo instrucciones para el uso: folletos y normas. Uno siente temor ante la libertad y la responsabilidad. Por ello se prefiere morir ahogado tras las rejas levantadas por uno mismo.”

El mundo se ha convertido en un gran circo. Encerrados en este único teatro convivimos a diario con seres que son profundamente triviales. Comparsas agonizantes, que compenetrados con sus ficciones juegan con sus náuseas.

¿Acaso es carnaval?

Los que matan en familia

El retrato que pretendo hacer de mis coetáneos es mi propio espejo. Sin embargo, me es imposible no asumir una sensibilidad atormentada por la ineficacia humana ante el dolor inútil.

Mundo tecnificado, huérfano de encanto, administrado por una exultante voluntad de poder que maximiza “el afuera”. Ese afán de vivir, estar, mostrarse en los espacios externos de moda y de prestigio. Espacios externos donde los sujetos se maquillan, se disfrazan, se impostan y paradójicamente se desenmascaran. Siembran y cosechan una identidad de incesante dispersión en la exterioridad febril, el alboroto y el ruido.

Esta adicción a la exterioridad refuerza las “leyes del *statu quo*”. El tiempo y el espacio son susceptibles de un control que garantiza “lo dado” y su eterno retorno.

Habítamos un mundo colmado de apariencias: la política, las modas, las religiones y costumbres imponen sus cielos y sus infiernos. Vivimos metidos dentro de modelos heredados pasivamente e interpretamos la realidad basándonos en las “formas externas” que las experiencias asumen. Tememos sustraernos de estas “buenas formas” heredadas y no conquistadas a través del cuerpo, del compromiso con la propia investigación personal o el esfuerzo solitario.

“Estamos socialmente enfermos de obediencia, pasividad, conformismo, consumo, masificación y heterosexualidad. Estos males sociales que

Comparsas

padecemos son el resultado de la incorporación no-crítica y no-reflexiva de modelos de comprensión y valoración que se identifican con las «buenas formas», formas externas consensuales, tanto en moral como en política, en educación, en modas, en la estereotipia de los roles sexuales, los gustos estéticos, dietéticos o literarios.» (Eco)

Me pregunto: ¿por qué quiero combatir la rutina del comparsa?

Porque me parece que ellos no creen en la seriedad de las cuestiones humanas. El amor, las guerras, el dolor auténtico, el suicidio, el hambre, son asuntos a los que prestan una atención cortés y superficial; o fingen apasionarse, pero cuando su libertad se ve comprometida o alterada las cuestiones humanas les son indiferentes. Trivializan y mutilan la realidad. Asumen posturas artificiales y su propia prescindencia los envanece.

La mayoría multiplica la opresión, otros facilitan el servilismo y muchos adoran la crueldad. Son dobles: están aquí y allá. Adoran vivir despreocupados, en la superficie, en las palabras, pero no en los hechos. Corren de un lado para otro, colmados por la abundancia de algún decreto superior, pero nunca saciados.

Sus ceremonias nutren disciplinas que usurpan la lucidez y estimulan hasta la saturación la estupidez a ultranza. Yo sé que la práctica de la estupidez intenta invalidar los espejos beligerantes y se irritan cuando no lo consiguen.

Los que matan en familia

Algunos comparsas cuidan más a los muertos que a los vivos. Adoran su propio dolor de deudos. Veneran a seres lejanos y ausentes e ignoran las presencias que sufren cercanas.

Representan personajes: son eficaces, virtuosos, dulces, seductores y comprensivos, solidarios y honestos, pero en los momentos límite en que se los necesita y reclama realmente se desentienden, lejanos y prescindentes. Creen que la tragedia ajena no les concierne.

A muchos el poder económico los separa del dolor de la gente de los subtes, el mercado o los barrios marginados, huyen veloces y se protegen en sus carrocerías blindadas y barnizadas.

No pueden prescindir de que los sirvan. Aman y dependen desesperadamente de su servidumbre, a la que aplacan tratándolos como iguales, llamándolos libres y exigiéndoles que sonrían satisfechos. Para muchos, “mandar es respirar”.

A la vez, su propia servidumbre es colectiva. Sometidos al múltiple cautiverio de lo social, lo político, lo religioso, la moda y los prejuicios, el punto de no retorno de los comparsas se cristaliza cuando se instala la negación a reaccionar como seres humanos: se convierten en instrumentos del sistema totalitario.

Se multiplican los esclavos de clichés y de leyes no confesadas que les hacen perder la capacidad de crear sus propios valores y de obrar de acuerdo con sus convicciones personales.

Comparsas

Obsesionados y ávidos de ilusiones tecnológicas, pseudocientíficas e intelectualoides, son repetidores de una fraseología oficial y legitimada por el consenso. Funcionarios de un sistema que los condena a trabajos forzados y a cadena perpetua.

Habitantes del totalitarismo de lo inmutable soslayan e ignoran la maravillosa solidaridad del encuentro con lo desconocido. Se dispersan en el alboroto y quedan sometidos a “amores y comprensiones pequeños”, determinados por las “buenas formas” oficiales. Crean una ilusión de orden y claridad aislando los hechos entre si y dejándolos ajenos a una totalidad más global.

Tejen y bordan deidades omnipotentes que les ofrecen, como premio, el privilegio de ser contempladas. Deidades que refuerzan una falsa conciencia determinada por la incorporación de valores y creencias dominantes y obstruida por el sedimento de la doble moral con que se categoriza la realidad.

Deidades a las que obedecen y se someten adorando las consecuencias de su propia obediencia.

Me pregunto:

¿No quedaría mejor que el Papa viviera entre los pobres y los desdichados?

¿Diferenciamos la religiosidad que nos engrandece de la que nos humilla y degrada?

Entre los comparsas abundan ídolos, monstruos sagrados de dudosa fama, que no son un

Los que matan en familia

mal menor como se quiere creer. En la intimidad son seres patéticos de retórica frígida y vacilante honradez, algunos se menean mecánicamente en ceremonias inútiles y otros son muy frívolos. Sus religiones y sus templos representan cada vez más su secreta incredulidad y su profunda falta de fe.

Cuando comienzan a declinar se puede percibir la rigidez de su mirada, el abuso de muecas y la estudiada simetría con que acumulan seres y objetos de marca. Adoran el prestigio.

RESURRECCIÓN

En estos carnavales nos contagiamos con facilidad el vicio de prometer lo que no vamos a cumplir. Saludamos, sonreímos, sobornamos con la misma facilidad con que falsificamos nuestra propia identidad. Nos autoengañamos en acuerdos con cualquiera y estafamos y mentimos a mansalva y sin pudor con tal de conquistar éxito y popularidad.

Si bien la democracia permite abusos, lo que denuncio y critico es la dictadura de los comparsas. Creo que no está bien coartar y no reconocer la libertad y los derechos de los no-comparsas.

Muchos no-comparsas son crucificados y esperan pacientes su propia resurrección mientras los comparsas los contemplan ajenos e incrédulos de su inmortalidad.

Comparsas

Entre los comparsas no está de moda la resurrección. Tampoco queda bien ser pobre. Los comparsas, cuando mueren, caen tan rendidos en la fosa, que su propia inercia para cambiar en vida les impide resucitar. Agotados, caen en su propia sepultura después de haber convertido su vida en una feria de juguete.

PECAR EN SECRETO NO ES PECAR

Me pregunto: ¿por qué habrían de cambiar si encontraron la felicidad que les conviene?

A veces, la vida de los seres triviales es un infierno de tensiones y discordias. Entre los comparsas todo se justifica con bastante facilidad: conspiraciones, seducciones, infidelidades tenebrosas, amenazas, abandonos, chantajes o indiferencia. “Pecar en secreto no es pecar”, dice Tartufo.

Muchos se crean, a toda costa, una existencia de complicaciones y dramas, inquisiciones modernas sin otra continuidad que el yo... yo... yo... yo...

Hipertrofian sus propios cuentos y ficciones y soslayan los conflictos verdaderos. Desarrollan un fanatismo frío de soberbia retórica que los hace sentirse invencibles. Lo esencial es eludir el juicio crítico y creerse inocentes.

Los que matan en familia

Se esfuerzan en parecer felices por orgullo o por competencia con otros comparsas. Como no pueden tener un contacto significativo y profundo con ellos mismos ni con otras personas, para sustraerse del hermetismo interior construyen soberbias escenografías y decorados e intentan crear hermosas imágenes. Imágenes perfectas, sin fisuras: la familia unida, la pareja feliz, los hijos deseados, la madre amante, la esposa satisfecha, el marido de éxito. Imágenes que se inspiran en auténticos deseos y profundas frustraciones. La transparencia que presumen a veces es espúrea y caótica.

Repiten y repiten hasta el cansancio las mismas fórmulas por temor a equivocarse. Sus únicas verdades, en las que creyeron siempre, no se alteran ni se amplían. Temen el encuentro verdadero con su propio desconocimiento.

Cuántos hijos apenas acariciados, cuántas parejas que apenas se han amado, cuántas ciudades apenas recorridas, cuántas celebraciones arruinadas, cuántos libros apenas hojeados, cuántos momentos perdidos, cuánta ternura desperdiciada.

Sus sueños no resisten la prueba de los hechos y así el amor se convierte, dolorosamente, en un gran desconsuelo.

Muchos, en vez de afligirse, se instalan con bienestar en la duplicidad, cultivan devotos plagios y encuentran así la felicidad que buscan. Intercambian entre ellos espejos complacientes

Comparsas

de la doble moral. Hay algo amenazante en esa duplicación multiplicada de la hipocresía, ¿no?

¿Y qué sucede cuando un espejo auténtico se impone a un espejo hipócrita? Alguno de los dos cae horrorizado.

Muchos comparsas son elegantes, esbeltos y hablan fluidamente en francés o inglés. Permanecen como hermosos maniqués en estáticas vidrieras de marca, tomando bebidas de marca, con ropa y zapatillas de marca, mientras conversan, veranean y viajan con gente de marca, a los lugares de marca. Todo esto marca una rutina.

Los comparsas tejen un mundo plagado de agujeros por donde caen los seres efímeros y triviales marcados por las marcas de marca. Construyen tramas porosas donde juegan con lo más sagrado: el amor, la libertad, sus ideas, la verdad, el dolor humano, la paz.

¿Comprendemos a tiempo el significado de lo efímero y lo diferenciamos de lo auténtico o pasamos de largo sin mirar?

Un enorme rebaño de hombres y mujeres apretándose y empujándose unos a otros tapan sus caras disueltas. Nutren su mortal aburrimiento. Sus vidas se deslizan, sus gestos se congelan o se dislocan. Alquitrados en perezoso aliento. El rebaño cae, muere, se vuelve a levantar pero nada cambia.

Me pregunto: ¿amamos la vida lo suficiente?

Estereotipos

El estereotipo llama al estereotipo, o bien llama a la individualidad para transformarla en estereotipo.

Los comparsas identificados y tipificados en la maquinaria burocrática se “amoldan”.

El sentido esencial y profundo de la naturaleza humana es el desarrollo e integración plenos de la propia individuación. El dominio y el control que ejerce la racionalidad neutraliza las diferencias y las nivela en una igualdad acéfala. La individuación desespera en el desfile de modelos arquetípicos que se renuevan o decaen de acuerdo con las modas. Esta desesperación es la resultante de la descomposición subyacente en el universo de lo establecido. El individuo agoniza en vida su abrumadora recreación de modelos. La sociedad de masas, que exige la renuncia a la creación de sí mismo, estimula e induce esa decadencia y esa muerte.

“Integrarse es desintegrarse.” (Adorno)

Los que matan en familia

Los comparsas son víctimas y cómplices de la crueldad de “lo-que-se-usa”. La violencia y el absurdo de las modas puede alcanzar niveles inusitados. Los funcionarios del sistema, condenados a trabajos forzados, son objetos estereotipados y los objetos que ellos consumen también lo son.

Lo singular-personal debe ser reprimido-absorbido y finalmente disuelto hasta neutralizarse en la consagración de lo establecido. Las potencialidades individuales son reducidas a fantasías, ilusiones o delirios. Detrás de la máscara de tolerancia se oculta la coerción.

La constricción, la restricción y la represión se constituyen en identidad. Todo lo que impide moverse: modas, objetos, leyes o prejuicios contribuyen a esa identidad-cliché y son preservados atentamente.

Me pregunto: ¿estar al margen de la moda es estar al margen de la historia?

La libertad para los comparsas es una abstracción. ¿Ser libre para angustiarse por serlo? ¿Ser libre para no saber quién ser? Estando sujeta a la moda sé dónde empiezo y dónde termino. No deseo nada que no sea idéntico al sistema y a lo que el sistema espera de mí. Libre no soy ni una cosa ni otra. Se es libre para “ser-como-se-usa-ser, que es-como-se-debe-ser”.

“Es un alivio incluirse a sí mismo entre los demás, tratar de sentir como ellos sienten, adoptar un sentimiento en boga. Es algo pasivo

Estereotipos

si lo comparamos con la actividad mantenida por el derecho individual a formular juicios de valor” (Nietzsche)

La carencia de ser se evidencia en la abrumadora exterioridad que los conjura y los posterga en una incomprensible ambivalencia. Se trata de tipificarse a cualquier precio. Ya no queda casi nada propio, ni siquiera uno mismo. Lo imprevisto o atípico debe ser asimilado velozmente por todos los medios de domesticación de modo que se vuelva inocuo.

La existencia sofocada se transforma y se consagra en un servicio de control. Existencia momificada en la tiranía del cliché. La apología del estereotipo es el síntoma de su desintegración y su desarticulación con la totalidad de lo creado. Se evidencia su rigidez y su fragilidad para ensayar nuevas respuestas, nuevos modos de adaptación, nuevas reglas sobre la base de transformaciones continuas.

Soy un collage: composición desarticulada y postergada sobre la cual gira mi profunda incompletud. Convivo con mis propias alteridades irreconciliables que no se integran entre sí. Tengo una visión fragmentada de mi propia historia, de la realidad y hasta de mí misma. Mis deseos más profundos han sido estigmatizados como sueños.

“Quiero cambiar de lugar... me gustaría estar más cerca de mí mismo.” (Kafka)

VER ES PROFANAR

Despertarse es transgredir las leyes del mercado. Leyes sociales, religiosas, modas, programas, órdenes, mandatos que obedecemos a ciegas. Obedecemos a ciegas porque también hay leyes que nos prohíben darnos cuenta de que estamos obedeciendo.

A través de estas leyes del mercado se distribuyen, atribuyen e inducen personajes y roles en dramas cuyo argumento ni conocemos, ni imaginamos, ni elegimos y con los que cumplimos automáticamente. Leyes tan profundamente incorporadas que parecen naturales. Se trata entonces de impedir que se profane el sistema de poder del mercado social y se alteren sus articulaciones de control.

Somos lo que nos enseñan a ser, aprendemos a ser comparsas en la suma de lo que nos inducen y nos atribuyen, mistificándonos.

Muchos comparsas, desde el comienzo de sus vidas, están sumidos en una niebla hipnótica tal que les impide “darse cuenta” de que están sumidos en una niebla hipnótica. Algunos logran despertar, se sacuden el sopor, pasan algún tiempo sintiéndose confusos y extraviados pero luego comienzan a ver. Comprenden que lo

Estereotipos

que creían verdadero era falso, que lo que suponían esencial era secundario, que cantidad no es calidad, que precio no es valor, que confundían la parte con el todo e hipertrofiaban los detalles... entre otras cosas.

Despertar no es fácil. Las leyes del mercado condensan el poder de los jueces, los sacerdotes, los burócratas, los militares y el comisario..., seres a los que se atribuye una dimensión monstruosa e inagotable. Metáforas del padre que invita al hijo a someterse y obedecer.

Miedo e idolatría se confunden. Todos los medios de comunicación, masivos o personales, verbales y no verbales, son válidos para transmitir y multiplicar atribuciones, uniformar, mistificar la realidad, recrear mandatos que deben ser obedecidos mecánicamente. Discursos, publicidades, himnos, slogans, tonos, miradas, imágenes, ritmos, canciones, colores, formas, gestos, música, palabras, argumentos, climas, plegarias, nombres, personajes, cuentos... El hábito de asumir y obedecer atribuciones que son órdenes, pone en evidencia y refuerza la inercia del devenir psíquico.

“Se salva al poseído despertándolo.” (Buber)

Nos inducen a aniquilar las operaciones hipnotizadoras a través de las cuales se nos mistifica, se nos confunde, se nos altera y se nos controla.

Los que matan en familia

Olvidamos. Olvidamos que olvidamos. Establecemos pactos. Jugamos juegos en los que somos víctimas y cómplices. Actuamos de acuerdo con los demás que actúan de acuerdo con nosotros. Legitimamos entre todos la alianza con la ficción. Encarnamos seres alterados de conciencia opacada por la niebla.

Inconscientemente aprendemos qué personajes debemos dramatizar de acuerdo con las atribuciones recibidas y también aprendemos qué atribuciones nos corresponden y sobre quienes debemos ejercerlas. Aprendemos a reforzar argumentos, climas o ritmos para sostener el *statu quo* del sistema de dominación.

Nos han incluido en dramas generacionales no resueltos, en los que nos han dado a entender quiénes somos, qué debemos y qué no debemos hacer, cómo, cuándo, dónde y con quién.

La niebla esconde oscuras tácticas, complicadísimas estrategias, discursos herméticos, rótulos, definiciones y razonamientos bizantinos, acusaciones, respuestas evasivas, silencio y condenas. La niebla mistificadora impide que se sepa y que se comprenda “qué ocurre realmente”.

De este modo se preservan el dominio y el control a través de la oscuridad o bien del hechizo del deslumbramiento.

Despertar no es sencillo. La realidad está alterada, la percepción distorsionada, lo imaginario se confunde con lo real, se trasponen órdenes.

Estereotipos

Nos confundimos porque ensuciamos los espejos verdaderos y pretendemos encontrarnos con nosotros mismos revolviendo las aguas estancadas de siempre. El amor ha sido bastardeado.

Si nuestras elecciones, deseos, vocaciones o itinerarios no se ajustan a las atribuciones recibidas y a las leyes del mercado, somos rápidamente excomulgados o bien “rehabilitados” a través de “tratamientos”, drogas, castigos y recompensas que nos vuelven a invalidar como individuos.

“No he hecho nada malo, sólo quiero «ser yo» entre ustedes.” (Kafka)

La cultura del molde y el estereotipo, esa con-fabulación del repudio y la expulsión, no tolera el “ser yo”. El ideal es el sujeto sin ideal. Ese “ser yo” se descalifica, se trivializa, se posterga hasta neutralizarse. Las excepciones son vividas como oposiciones, antagonismos amenazantes, padecidos dolorosamente y con culpa. Se aplaca así el temor al otro, a “lo otro” y a “ese otro” que somos nosotros mismos.

¿Podemos desamoldarnos a semejante cosificación?

La ambigüedad del poder es demoledora. En estas cotidianas vísperas de nuestra propia muerte, escalamos infinitas torres y caemos en abismos sin fondo. Acumulamos odios y ficciones. Arrastramos las desesperaciones que conocemos

Los que matan en familia

y las que no conocemos. No somos ni héroes ni mártires, cultivamos con rigor nuestra propia enajenación seductora y cómplice de una pseudo identidad definida por las modas.

Enfermar en una cultura totalitaria

Aproximaciones

“Soy un dolor que razona.”

PIRANDELLO

Los aprendizajes axiomáticos de nuestro proceso de socialización realizados a través de una educación tradicional plena de modelos quísticos nos conducen a la interiorización de una “conciencia de límites”; conciencia que lleva en sí misma el deterioro y la degradación del potencial expresivo que culmina en la somatización.

La enfermedad es la experiencia límite de los límites impuestos. El discurso del proceso de enfermar se articula sobre el “no puedo” y “no debo”. Esta restricción y negación de posibilidades no es sino una deformación que el sistema hace de la conciencia madura y auténtica que puede anticipar y proyectar “lo posible”.

Los que matan en familia

Los canales sanos y maduros de expresión y comunicación se degeneran o atrofian en la complicada burocracia social que refuerza los límites latentes. Se profundiza el divorcio entre lo que potencialmente se puede expresar y lo que de hecho se expresa. La enfermedad, lejos de autoafirmar al sujeto, lo suprime.

La conciencia doliente, que se transforma en síntoma y somatización, culmina en la vivencia de impotencia y esterilidad que impone el sistema de clausura.

La conciencia subordinada y doliente se ha desnaturalizado y se expresa en la vivencia de saberse ínfimo y experimentarse perdido en situaciones y vínculos sentidos como inhumanos.

Distancias geográficas o afectivas, la inmensa vacuidad de los espacios y de los encuentros, respuestas aplastantes o bien silencio. Se reafirman las jerarquías burocráticas, se inducen pseudo salidas y se crea y refuerza una falsa conciencia de enfermedad.

El dolor, la frustración, la ausencia de diálogo, el vacío afectivo y el silencio se desplazan por nuestra interioridad buscando vías de expresión. Transformamos nuestro propio cuerpo en un mausoleo habitado por fantasmas de varias generaciones, cuyos despojos no terminan de corromperse. Cuerpo-escenario de dramas que se perpetúan generación tras generación. Cuerpo sensible, inteligente e insobornable que ha sido

Enfermar en una cultura totalitaria

capturado tras las rejas de la autorrepresión. Se intenta conjurar así un mundo vivido como amenazante.

No hay cambio. Hay renuncia.

LA PROCESIÓN VA POR DENTRO

A través de la somatización se busca una descompresión del acoso y las presiones externas. El cuerpo comprometido en la somatización intenta disociarse de su responsabilidad crítica con el medio, se desentiende de las presiones institucionales, detiene el tiempo vital de los procesos orgánicos y evolutivos, se encarna el *statu quo* en el síntoma. Se transforman los obstáculos del mundo externo en obstáculos dramatizados en el propio cuerpo. Se contiene la respiración, se comprimen las vísceras. Los obstáculos se han transformado en quiste, carne, sangre, hueso o piel. Se pone de manifiesto el ser frustrado e impotente que se esconde bajo esquemas impuestos que terminan por aniquilarlo.

La densa homogeneidad de los mensajes del *statu quo*, que minuciosamente socavan la voluntad, queda inmovilizada en el cuerpo. El síntoma combina abstracción y cosificación.

El cuerpo es el escenario donde se dramatiza la procesión que va por dentro. La enfermedad

Los que matan en familia

evidencia patéticamente la reclusión interna y externa a la que nos condena el sistema. Pantalla que refleja una existencia no reconocida, una interioridad no legitimada, una naturaleza alienada de sí misma. La alienación del cuerpo es una metáfora de la alienación del género social.

Discurso contradictorio y ambivalente: usurpado el derecho a autorreconocerse, esa pérdida de individualidad se expresa en el síntoma que denuncia la propia ausencia.

El mundo externo abusa, viola, degrada nuestra interioridad. Ese mismo abuso, violación y degradación interiorizada, se convierte en la norma con que los individuos se vinculan y se reconocen no sólo entre sí, sino con ellos mismos.

El cuerpo-barricada, que intenta impedir la invasión del enemigo externo, se convierte en cuerpo-rehén, prenda de la ejecución de un convenio con ese mismo enemigo. El sujeto, en definitiva rehén, entrega y sacrifica su cuerpo en el intercambio mercantil de objetos canjeables que impone el libre juego del mercado social. ¿Se conjura en el proceso de enfermar la amenaza externa de coerción, abandono, condenas y miedo?

¿La enfermedad es una metáfora política que dramáticamente intenta expresar la vivencia de profunda vulnerabilidad del sujeto en relación con el mundo que lo rodea? ¿Metáfora de la paradójica “vuelta contra sí mismo” de sus propias fuerzas?

La lógica sacrificial, a la vez que se oculta, se manifiesta en la ambigüedad de “los mensajes del

Enfermar en una cultura totalitaria

padre”. Leyes sin contenido, conciencia de una nada que nos condena y sojuzga como infractores.

En la ambigüedad, como instrumento de neutralización y control, la frustración es inevitable y oscila entre la complacencia embotada y la parálisis a obrar.

La conciencia doliente queda bloqueada en su despliegue por esquemas ambigüos impuestos y multiplicados como fantasmas.

La automentira complaciente o la autocondena cruel evidencian la incorporación de la ambigüedad de las leyes paternas sacrificiales.

La autodestrucción es un gesto de obediencia. Pequeños suicidios forzados por un mundo agobiante de tensiones y exigencias sin respuesta. Protesta a funcionar “oficialmente”, en un sistema que se manifiesta contra toda alteridad.

La coerción totalitaria ha sido subjetivizada, el cuerpo encarna la lenta desnaturalización de la que nos hace objeto el sistema, que se autorregula a nuestras expensas.

Quedamos reducidos a síntoma, diagnóstico, historias y protocolos clínicos que cristalizan nuestra mutilación. El propio cuerpo enfermo se transforma en un aparato ajeno que disocia la dialéctica carne-espíritu y profundiza la brecha mundo interno-mundo externo.

La dialéctica entre el medio social y el sujeto se reedita en la interrelación coercitiva del cuerpo enfermo y la conciencia doliente. El enfermo-rehén

Los que matan en familia

evidencia la represión interiorizada y la densa ambigüedad de la lógica coercitiva.

El cuerpo se transforma en material a descomponer y deformar. Cuerpos bloqueados en su expresividad más profunda y en su entrega, ponen de manifiesto su vínculo desgarrado y cruel con la maquinaria social. Escenario y protagonista del antagonismo infranqueable entre totalidad totalitaria versus alteridad.

El cuerpo se revela como ideología. Cosmovisión que denuncia el obstáculo al despliegue humano y el retraso respecto de la realidad histórica y política.

LA MARATÓN INCESANTE

Hemos aprendido a vivir apresuradamente, presionados por falsas urgencias y apremios que convierten cada experiencia en una vivencia terminal.

El tiempo fuera de servicio, que no rinde, porque no es homogéneo con la estructura burocrática, es un tiempo culpable.

La multiplicación de desafíos a los que nos sometemos nos convierte en seres sobreexigidos y sobreadaptados. Expresamos finalmente la frustración de sabernos condenados a multiplicar y perfeccionar infinitas piruetas en la

Enfermar en una cultura totalitaria

maratón incesante que imponemos a nuestro cuerpo cosificado-mercancía-fetiché. El desgaste de nuestra propia sobreexigencia se transforma paradójicamente en impulso.

En el apremio y la urgencia convertimos nuestro cuerpo en un aparato productor de “records”, exigido a superar sus propias marcas.

Resistencias que deben ser vencidas, naturaleza a dominar, límites a superar. El cuerpo se ha convertido en obstáculo, estorbo para sí mismo y para los demás.

Tensos, abrumados, sobreexigidos, nos refugiamos en “áreas de defensa” socialmente legitimadas: drogas estimulantes o tranquilizantes, alcohol, comida, sueño o consumismo arbitrario, que finalmente nos deprimen al punto de no darnos cuenta de que estamos deprimidos y (paradójicamente) nos estimulan a excedernos con los estimulantes, tranquilizantes, alcohol, comida, sueño o consumismo arbitrario.

Y aun así es probable que nos sintamos un poco vacíos. Entonces llenamos ese vacío con dinero, objetos, con la lucha diaria por escalar una posición socioeconómica de prestigio o bien con los celos, admiración o envidia que nos producen el dinero, los objetos o la posición social o el prestigio de los otros.

Esta maratón incesante, pura exterioridad, se transforma y se expresa en bloqueos afectivos, restricción intelectual y creativa, superficialidad, alteración de la percepción de la realidad

Los que matan en familia

y su comprensión, malentendidos, violencia, ruido, inhibición de la intuición más profunda, agitación y aturdimiento, y finalmente negación de la libertad, además de otros síntomas.

TIPIIFICAR Y DISOLVER

El sistema totalitario no quiere individuos, sólo modelos y reproducciones en escala de esos modelos. Se trata de renunciar a la esperanza de una realización máxima de uno mismo. El éxito consiste en imitar. Nos adecuamos y sujetamos dócilmente a las imposiciones del medio. La legitimación de la mismidad implica una ruptura y pérdida de espacio y pertenencia. La legitimación de la propia naturaleza se convierte y nos convierte en “tabú”.

La presencia activa de la prohibición pone en evidencia nuestra incompletud y exagera nuestra frustración. Ante la imposibilidad de ser “un original”, nos vivenciamos a nosotros mismos como una reproducción más, o bien una “mala copia”. La individualidad ha muerto. ¡Viva la moda! La producción a gran escala de los modelos previstos arrasa con todos los que van quedando en el camino.

Si tabú es una zona de silencio, que evidencia lo que no se debe nombrar —el secreto—, la

Enfermar en una cultura totalitaria

metamorfosis que implica la somatización pone en evidencia una conciencia cercada por malentendidos y prohibiciones y hecha objeto en un cuerpo doliente.

Y cuando transgredimos el orden de lo prohibido, intentando trascender los límites impuestos, en tanto alteridad nos convierten en tabú. El atípico es enfermo. El padre, como metáfora, es la medida de todas las cosas. Su poder y su prestigio condensan e ilustran esta cultura.

En un sistema de clausura, que socava la iniciativa, todo “obrar” es una alteridad. Cuanto más nos obstinamos en construir una identidad verdadera, más rompemos con el mundo sacrificial.

“Toda superación es un exilio.” (Saint Exupery)

BUROCRACIA

La burocracia es el correlato formal del mundo sacrificial. Este sistema que desarticula las totalidades concretas nos cosifica como naturaleza, cuantifica nuestras cualidades y nos convierte en estructuras esquemáticas que sustituyen la confianza primaria por la “paranoia institucionalizada”. Se momifica nuestra existencia para conservarla inalterable. En su lógica antidialéctica no hay lugar para la incertidumbre.

Los que matan en familia

Se divinizan nuestras funciones y se hipertrofian nuestros roles. Somos reducidos a protocolo: seres atomizados en respuestas mecánicas, gestos rígidos y conductas automatizadas que no responden a las exigencias de los problemas individuales ni a la realidad histórica.

Recreamos ídolos revestidos de herrumbre en los que presumimos trascender. Se adoran formas externas que sustituyen a los contenidos profundos. Se escamotea la intimidad significativa y se la sustituye por el trámite que pervierte el vínculo y el encuentro. Es desconcertante el esfuerzo por producir un contacto que siempre se escurre.

Las jerarquías y sus distancias correspondientes son minuciosamente vigiladas. El sello sintetiza y condensa el hecho. El rótulo otorga identidad. Las funciones son cada vez más compartimentadas y menos útiles. Se regula la vida en una gigantesca infraestructura de control en la que cualquier alteridad es eliminada por fórmulas abstractas y sin contenido verdadero.

Organización férrea de procedimientos que infinitamente remiten a otros procedimientos que conjugan densidad, inmensidad y alienación.

El poder burocrático, como una forma de la moderna racionalidad, se prolonga a espaldas de las necesidades verdaderas de los individuos. Cuanto más se entorpece su evolución, más refuerza su poder el sistema.

Enfermar en una cultura totalitaria

Sutilmente, el sistema nos convierte en nuestro principal antagonista: un suicida. Frustrados, sin límites. buscamos una válvula de escape, una salida allí, en la zona de mayor clausura.

FUNCIONARIOS

La burocracia, correlato formal del mundo sacrificial, induce y sustenta la “duplicidad” y cultiva la mentira y la complicidad. Se le asegura al sistema social que aquél que se oponga y transgreda el *statu quo* de las tradiciones será desdoblado. De este modo creemos ser alguien que no somos y no asumimos el ser que somos. Expresamos la ambigüedad del medio.

Se gestan así falsas alteridades, pseudoidentidades. Convivimos a diario con ladrones que se proclaman honestos, con jueces que extorsionan, con sacerdotes corruptos, con “familias unidas” por la violencia doméstica, parejas constituidas sobre el adulterio institucionalizado, médicos que enferman y matan, padres que inmolan a sus hijos, individuos crueles que dicen defender los derechos humanos, creadores que destruyen sus propias obras y las ajenas, falsos inocentes, traidores que se llaman leales, títeres que se creen libres, pseudocristianos que cultivan la

Los que matan en familia

beatería, pseudointelectuales que desarrollan una retórica vacía, y otros, muchos otros.

“Si todo el mundo se sentara a la mesa en el lugar que le corresponde, si revelara su verdadero oficio y su identidad, ya no sabríamos dónde poner la cara.” (Camus)

La mentira se multiplica hacia uno mismo y hacia los demás, y se convierte en mala fe. Estos funcionarios del sistema, cómplices de la “duplicidad”, son siempre inocentes. Cualquier apelación se hace difícil.

A veces las somatizaciones pretenden ser salidas, pequeños accesos, subterfugios transitorios a una interioridad comprimida por la coerción burocrática. Así, la condición humana se convierte en materia a deformar y degenerar por la tecnocracia. Gigantesca maquinaria de control a la que ofrecemos nuestra conciencia y nuestro cuerpo para que registre en ellos su mortificación.

La verdad es abrumadora; decirla es un acontecimiento.

Vivimos en un sistema político que domina y controla todo: los cuerpos, las cabezas, los gestos, la conducta, el pensamiento, las elecciones sexuales, los roles, la ropa, la pasión, el sexo, el lenguaje, el humor, los gustos literarios o dietéticos.

Enfermar en una cultura totalitaria

Este mundo moderno nos separa y nos arrebatata el resultado de nuestro propio trabajo, nos divorcia de ese otro ser que también somos. Esta es la doble alienación, la doble servidumbre que nos plantea el capitalismo de la conciencia. Esta sociedad nos separa de nosotros mismos en todos los niveles y es desde ese sistema de escisión que desarrolla su máxima fuerza de clausura.

La servidumbre que se impone ha sido y es el origen de todos los deterioros, todos los síntomas, todas las enfermedades y también de todas las violencias.

Se espera que nos convirtamos en seres clausurados o bien clandestinos. Para existir y sostenerse, esta cultura sacrificial primero me anestesia y luego me destroza.

Hilar de la misma fuente

“Cuando hago que una palabra preste una cantidad de trabajo semejante, dijo Humpty Dumpty, siempre le pago un adicional.”

LEWIS CARROLL

Escribir es un modo de hilar: una palabra me conduce a otra. Bajo el silencio de las esferas tejemos enigmas, bordamos jeroglíficos o hilvanamos los secretos de alguna deidad.

Acumulo intuiciones dispersas. La palabra se tonifica en la espera.

Tejo y destejo.

Escribo para no claudicar.

Destejo el culto a formas alienantes.

Deshilvano las máscaras de la opresión.

Tejo y destejo.

Mi mano quiebra el silencio, desata el espacio textual buscando recuperar la unidad. Un mínimo de unidad que me permita comprender la diversidad.

Los que matan en familia

El pensamiento escindido necesita volver al cuerpo. Respiro. Jadeo. Bostezo. Me río y lloro. Canto: somos esa puntuación. Modulaciones cósmicas que conviven en un universo compacto dominado por formas agotadas. Definiciones exactas. Corolarios malditos.

“Flores maniqueas que confunden los colores.”
(Bachelard)

Redefinir es desenmascarar. Alerta, me preparo: persigo fantasmas. Sistematizo visiones. Frecuento ese extremo de la noche donde “vacila el sentido de todo lo creado”.

Me reconozco hambrienta de mis propios frutos y sedienta de mi propia fuente. Intuyo la alquimia del verbo. Fecundo y gesto.

Poemas y ensayos tejidos con palabras y niebla húmeda. Frases que emanan su propio misterio. Algún secreto sentido trasciende mis oraciones, en la claridad esperanzada de cada mañana.

Escribir me confunde, se desborda el mutismo, desconflo de la palabra que recrea estereotipos o me pierdo en la ambigüedad de lo indeterminado.

Debo usar términos técnicos o especializados, pero me seducen carnosos adjetivos, sustantivos ascéticos o verbos ágiles que atraviesan el espacio en busca de acción.

Manipulada por exuberantes flujos de información y desinformación, dudo de mi propio criterio. Desaliento mi cuerpo y mi alma en esta silenciosa

Hilar de la misma fuente

entrega que gesto cada noche. La pregunta urge, acecha. Me esfuerzo en crear y recrear un lenguaje que deleve mis propios límites.

Soy mi incondicional desconocida. Reina, desnuda o harapienta. Intuyo que tengo un destino: intento captar la delicada trama de la existencia porque no he logrado huir de los hechos.

Vuelvo sobre mis pasos. Reflexiono sobre el camino recorrido. Una pequeña bisagra une y muestra la relación entre el “ser abandonado” y “la voluntad de dominio”. El divorcio entre la exultante apariencia externa y el hermetismo interior que soslaya la realidad, replegándose en sí mismo.

“Yo soy la materia de este libro.” (Montaigne)

Quiero recuperar la historia en olvido de las profundidades de donde surge mi propia vida. Quiero abandonar las leyes antiguas que me alimentaron de sombras, frustraciones e interminables insomnios. Quiero sustraerme de aquello que alguna vez me resultó cómodo para seguir engañándome. Quiero descubrir el misterioso límite que nos encierra.

Esta ya no es más para mí “la hora exacta de la mentira”. No siento culpa por no ser la que me atribuyeron. No me han neutralizado aún. Ser es no claudicar.

No soy rica en certidumbres. Debo organizar mis interrogantes.

Los que matan en familia

Me pregunto: ¿lograré multiplicar la pletórica vivencia de la naturaleza o me lo impedirán los condicionamientos de estos tiempos?

Silencio. Este mundo, que se autodestruye porque vive a costa de la miseria ajena, no soporta ser interrogado. Su susceptibilidad pone de manifiesto la incapacidad para dar respuestas.

En la coerción somos seres presionados a la complicidad, música transfigurada por sombras que traman el encaje de mis perplejidades.

EL OJO COMPROMETIDO

Una mano se agita, el lector, ese ojo que escribe, una conciencia que fluye o se coagula.

El lector que interroga pone en juego la conciencia de nuestro tiempo. Amenaza el orden porque comprende su naturaleza. El lector burocrático, para justificarse, acusa. Denuncia al que interroga porque ante él su existencia convencional se revela tal como es: burocrática.

El lector comprometido va gestando su propio texto autónomo. Obra abierta: enorme cuerpo de posibilidades en la creación constante de comprensiones múltiples.

No soy la dueña exclusiva del sentido de lo que digo. El ojo comprometido realimenta mi propia creación. Inestable autoría. Nos entregamos en

Hilar de la misma fuente

la confianza y la disponibilidad de transgredir el control y la dominación en que vivimos. Somos autores, cómplices o delatores de un texto que intenta recrear experiencias que se aventuran y rechazan la sumisión. Queremos darle un cuerpo al deseo que combate el silencio del miedo. Intentamos crear un lenguaje que nunca justifique el asesinato ni la servidumbre de la mentira.

Escribo y leo con cuidado. No quiero perder de vista mi propia necesidad de sostener una voz auténtica, no retórica.

Todo surge de la misma fuente: nuestra intimidad y la mutua propiedad.

Escribir es un modo de hilar: una palabra conduce a otra y bajo el silencio de las esferas tejemos de la misma fuente.

No ha terminado mi aventura, no terminará jamás, mientras sea objeto de la lectura, la interpretación y la imaginación de los demás. La inercia no estará de nuestra parte.

—No moriremos, Sancho, mientras haya un lector cómplice creador de nuestro libro.

El texto que creamos juntos quiebra el silencio del orden, y si bien pone de manifiesto una crisis, en realidad es una resurrección.

Bibliografía consultada

- Arendt, H., *Los orígenes del totalitarismo*, 3 tomos, Alianza, Madrid.
- Artaud, A., *Textos 1923-1946*, Calden, Buenos Aires. *Heliogábalo*, Fundamentos, Barcelona.
- Bettelheim, B., *Sobrevivir*, Grijalbo, Barcelona. *Psicoanálisis de los cuentos de hadas*, Grijalbo, Barcelona. *La fortaleza vacía*, Grijalbo, Barcelona. *Educación y vida moderna*, Grijalbo, Barcelona. *Hacia una nueva comprensión de la locura*, Grijalbo, Barcelona.
- Bachelard, G., *El aire y los sueños*, Fondo de Cultura Económica, México. *La intuición del instante*, Fondo de Cultura Económica, México. *Introducción a Bachelard*, Calden, Buenos Aires.
- Buber, M., *Yo y tú*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- Biblia*, Traducción de Cipriano Valera, antigua versión, 1928.
- Basaglia, F., *Una voz: reflexiones sobre la mujer*, Universidad Autónoma de Puebla, México.
- Camus, A., *Diarios de viaje*, Losada, Buenos Aires. *El hombre rebelde*, Losada, Buenos Aires. *El mito de Sísifo*, Alianza, Madrid. *La caída*, Losada, Buenos Aires. *Moral y política*, Losada, Buenos Aires. *Ni víctimas ni verdugos*, Reconstruir. *Problemas de nuestra época*, Losada, Buenos Aires.
- Carroll, Lewis, *Alicia a través del espejo*, Alianza, Madrid.
- Chesler, Phyllis, *Les femmes et la folie*, Payot, París.
- Diccionarios: *Diccionario de filosofía abreviado*, Ferrater Mora, Sudamericana, Buenos Aires. *Diccionario de*

- mitología griega y romana, Pierre Grimal, Paidós, Barcelona. *Breve diccionario etimológico de la lengua castellana*, J. Corominas, Gredos, Madrid. *The woman's encyclopedia of myths and secrets*, Walker B. Harper & Row, San Francisco, Estados Unidos.
- Freud, S., *Obras completas*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- Frankl, V., *El hombre doliente*, Herder, Barcelona.
- Firestone, Sh., *La dialéctica del sexo*, Kairos, Barcelona.
- Groisrichard, A., *Estructura del harén*, Petrel, Barcelona.
- Girard, R., *La violencia y lo sagrado*, Anagrama, Barcelona.
- Grinberg, L., *Culpa y depresión*. Estudio psicoanalítico, Paidós, Buenos Aires.
- Hopenhayn, M., *¿Por qué Kafka? Poder, mala conciencia y literatura*, Paidós, Buenos Aires.
- Kafka, F., *Informe para una academia*, Nuevomar, Buenos Aires. *Consideraciones acerca del pecado*, Alfa Argentina, Buenos Aires. *Relatos completos*, Losada, Buenos Aires. *Cartas a Milena*, Losada, Buenos Aires.
- Laing, R. D., *El yo y los otros*, Fondo de Cultura Económica, México. *El cuestionamiento de la familia*, Paidós, Buenos Aires.
- Laing y Cooper, *Razón y violencia*, Paidós, Buenos Aires.
- Montaigne, M., *Ensayos escogidos*, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Morín, E., *Para salir del siglo XX*, Kairós, Barcelona.
- Norwood, R., *Las mujeres que aman demasiado*, Javier Vergara, Buenos Aires.
- Rilke, R. M., *Cartas a un joven poeta*, Siglo XX, Buenos Aires.
- Roth Walsh, M., *The Psychology of Women*, Yale University Press.
- Wilde, O., *De Profundis*, Corregidor, Buenos Aires.

ÍNDICE

<i>Obra de todos</i>	9
Parte I	
LAS MUJERES Y LA CULPA	11
<i>Donar los órganos (la mujer como sujeto del texto)</i>	13
Tan joven y ya oxidada	15
Me empeño en compartir	16
<i>El cantar de los cantares, una ética del amor</i>	21
<i>Las mujeres y la culpa</i>	29
Herederas de una moral inquisidora	31
La lucha del hombre contra la naturaleza	33
Nuestras conciencias se moldean según mandatos de poder	34
El imperio del malentendido con nosotras mismas	35
Las mazmorras estrechas	38
Fetichización de la culpa	41
Se opaca toda posible lucidez	41
Queremos pero sentimos que no podemos	42
Condenadas de antemano	44

Nuestra voluntad cosificada	44
Semivíctimas y semicómplices, como todo el mundo (Sartre)	45
Nuestros cuerpos, otra forma de lucidez	48
Consideraciones finales	50
<i>Hija sin refugio</i>	53
<i>Mientras tanto (apuntes para una ética de la transformación)</i>	59
Decadencia	60
El absolutismo del “siempre”	63
Complejidades	65
Leyes del <i>statu quo</i>	67
Testimonio	69
Pirámides	71
Mientras tanto	74
 Parte II LOS QUE MATAN EN FAMILIA (Acercas de una cultura sacrificial)	 77
<i>Kafka y la metamorfosis de la violencia</i>	79
El veredicto	81
Kafka y yo	83
Obediencia y suicidio	85
Antagonismos, poder y culpa	88
El ahogo o la intemperie	91
El cuerpo es rey	92
Adoramos lo que nos aplasta	93
La metamorfosis de la violencia	95
 <i>Lo que más vale se sacrifica</i>	 97
Los que matan en familia	98
La unanimidad violenta	102

<i>Mundo sacrificial</i>	105
El sentido es sustraer sentido	106
En nombre del Señor	107
Mentiras	108
Nada es posible	109
Todavía falta	110
Jíbaros	111
 <i>La crisis de las diferencias</i>	 115
 <i>La víctima</i>	 117
Empresa colectiva	117
Impurezas	120
Oscuridad	120
La homogeneidad del sistema	122
 <i>Testimonio</i>	 125
 <i>Kidos o la irresistible fascinación de la violencia</i>	 129
Majestad triunfante	129
Divisiones y privilegios	131
Crear y obedecer	132
Espasmos	134
Instinto	135
 <i>El único, rey de sus humores</i>	 137
Niños arrogantes	139
El rey de sus humores	141
 <i>Comparsas (Diálogo ligero)</i>	 143
Resurrección	148
Pecar en secreto no es pecar	149
 <i>Estereotipos</i>	 153
Ver es profanar	156

<i>Enfermar en una cultura totalitaria</i>	
<i>(Aproximaciones)</i>	161
La procesión va por dentro	163
La maratón incesante	166
Tipificar y disolver	168
Burocracia	169
Funcionarios	171
<i>Hilar de la misma fuente</i>	175
El ojo comprometido	178
<i>Bibliografía</i>	181

Este libro se terminó de imprimir en
el mes de octubre de 2003
en los talleres gráficos de Edigraf S.A.
Delgado 834, (1426) Buenos Aires
Argentina. 4553 6749

La culpa no es un sentimiento “natural”. Es un instrumento cultural para neutralizarnos como sujetos autónomos. Es un arma de domesticación y sometimiento a una cultura que nos acusa falsamente. La culpa es malentendido, la responsabilidad es madurez.

Necesitamos un amor a la vida profundo y fuerte, un grado de auto-respeto y autoconfianza tal, que nos impida perder el interés por nosotras/os mismos.

Este libro que pretende el acceso a la propia subjetividad, se entrega en la confianza de recuperar algo del “Conócete a ti mismo” del espíritu délfico.

La verdad es abrumadora, decirla es un acontecimiento. Mientras tanto, la invulnerabilidad de la esperanza y el amor responden, casi siempre.

Distribuidor exclusivo:

GALERNA

Lambaré 893

(1185) Buenos Aires.

República Argentina

Tel./Fax: 4862-6785

4867-1661

ISBN 950-694-711-2

Ilustración de tapa: Liliana Mizrahi



Por culpa, adoramos lo que nos aplasta. Amamos lo que nos hiere. Nos quedamos ahí donde nos humillan y nos violan. Las mujeres partimos del amor confiado y llegamos a la divinización de lo absurdo hasta aferrarnos a “dioses inventados” que nos devoran. Todo esto, por culpa, ese eterno malentendido con la vida, que nos hace tan vulnerables y permite toda manipulación. Y siempre encontramos algún pretexto para castigarnos y recibir sentencias. La culpa nos confunde y nos quita lucidez, también sirve para mantenernos inmaduras, como eternas hijas menores de edad.

Liliana Mizrahi

“Toda superación es un exilio.”

Saint Exupery

ISBN 950694711-2



9 789506 947118

Nuevohacer
Grupo Editor Latinoamericano